

# BUEN HUMOR

40 CÉNTIMOS



Dib. RIVERÓN.—París.

- Créeme; he pasado más de veinte noches sin dormir.  
—¡No es posible!  
—¡Ya lo creo! ¡Dormía de día!

Ayuntamiento de Madrid



# BUEN HUMOR

## SEMANARIO SATÍRICO

### PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

(PAGO ADELANTADO)

MADRID Y PROVINCIAS			
Trimestre (13 números).....		5.20 pesetas	
Semestre (26 — ).....		10 40 —	
Año (52 — ).....		20 —	

PORTUGAL, AMÉRICA Y FILIPINAS			
Trimestre (13 números).....		6.20 pesetas	
Semestre (26 — ).....		12,40 —	
Año (52 — ).....		24 —	

EXTRANJERO			
UNIÓN POSTAL			
Trimestre.....		9 pesetas	
Semestre.....		16 —	
Año.....		32 —	

ARGENTINA (Buenos Aires)			
Agencia exclusiva; MANZANERA, Independencia, 856			
Semestre.....		\$ 6 50	
Año.....		\$ 12	
Número suelto.....		25 centavos	

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:  
**Plaza del Ángel, 5.—MADRID**  
**APARTADO 12.142**

# LA PAQUITA

## NUEVA FÁBRICA DE PAPEL CONTINUO

### DE

# BALBINO CERRADA

**41, ANTONIO LOPEZ, 41**

**TELÉFONO 23-33 M.**

**(A CINCO MINUTOS DEL PUENTE DE TOLEDO)**

**===== MADRID =====**

SE FABRICA TODA CLASE DE PAPELES DE EDICIÓN, SATINADOS FINOS,  
 DIBUJOS, ESCRIBIR, ETC.

**ALMACÉN: Plaza del Matute, 6. Teléfono 50-05 M**



# Sección recreativa de BUEN HUMOR

por DIEGO MARSILLA

## Bases para el Concurso de enero.

Primera. Se concederán tres premios a los concursantes que envíen el mayor número de soluciones exactas a los pasatiempos que se publicarán en los números de BUEN HUMOR correspondientes al mes actual.

Dichos premios consistirán en tres objetos de arte atendiendo así al requerimiento de muchos pierdetiempistas, que ya estaban cansados de ver que no hacíamos trampas para que les tocara la lotería.

Segunda. Si varios concursantes remitiesen igual número de soluciones exactas, se sortearán entre ellos los premios correspondientes.

Tercera. Todas las soluciones habrán de remitirse reunidas antes del día 10 de febrero, haciendo el envío a la mano a nuestra Redacción o por correo, precisamente a nuestro apartado número 12.142.

En el sobre debe ponerse: *Para el Concurso de pasatiempos.*

Cuarta. Para optar a los premios será condición indispensable enviar las soluciones acompañadas de los cupones del mes de diciembre insertos en esta página. A los suscriptores de BUEN HUMOR les bastará con indicar esta circunstancia al remitirnos sus pliegos.

Quinta. En uno de los números del mes de enero se publicarán las soluciones y los nombres de los concursantes que las hayan enviado exactas. En este número anunciaremos también la fecha en que ha de celebrarse el sorteo de los premios.

Sexta. Los premios deben recogerse en nuestra Administración cualquier día laborable, de cuatro a ocho de la tarde, previa la presentación de un recibo extendido con la misma letra que se haya empleado al escribir las soluciones enviadas.

### 1.—Parte de la oración.

NOTA

J

SACRAMENTO

## Concurso de pasatiempos de Octubre

### Sorteo de premios.

Verificado el sorteo en la fecha señalada, a presencia de numerosos pierdetiempistas, resultaron agraciados los señores siguientes:

PRIMER PREMIO.—Doña María Coloni, de Vitoria. Un centro de mesa de metal y cristal.

SEGUNDO PREMIO.—Don Luis F. Lorit, de Castellón. Una bonita mantequera de metal blanco y cristal.

TERCER PREMIO.—Don Enrique Pineda, de Avila. Un par de jarrones de cristal decorados.

Los agraciados podrán recoger sus premios en esta Administración, precisamente cualquier día laborable, de cuatro a ocho de la tarde.

## Concurso de pasatiempos de Noviembre

### Soluciones.

1, *Entre comillas*.—2, *Te estrecha la mano*.—3, *La loca de la casa*.—4, *Botarate*.—5, *Carabina*.—6, *Calamocano*.—7, *Cochino*.—8, *Pardillo*.—9, *Alabardero*.—10, *Las partidas*.—11, *Las Corsarias*.—12, *Comensal*.—13, *Cabo de Gata*.—14, *Sin blanca*.—15, *Andalucía*.—16, *Donde vas con manón de manila*.—17, *Episodios nacionales*.—18, *Sobre mis parientes están*

SOMBREROS  
BRAVE  
6 · MONTERA · 6

*mis dientes*.—19, *Satanás*.—20, *Majadahonda*.—21, *Un loco hace ciento*.—22, *Un chico en grande*.—23, *Carpeta*.—24, *Calamina*.—25, *Las tropas españolas sobre Alhucemas*.—26, *Un libro de alta y baja*.—27, *Benavente*.—28, *Sobretendido*.—29, *Casa con dos puertas mala es de guardar*.—30, *Marat, Dantón y Robespierre*.—31, *Bis Aspar*.—32, *Bis Testar ante notario*.—33, *Bis Mármara*.—34, *Agarena*.—35, *Por arriba, por abajo, por delante y por detrás*.—36, *Cánovas del Castillo*

De las 15.055 soluciones recibidas, han resultado exactas las remitidas, por los pierdetiempistas que se citan:

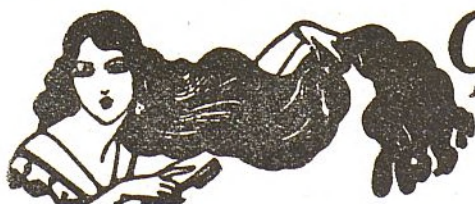
1, María Manzano.—2, Manuel Gar-

### 2.—Reina y flor.

Pintura Sacrificio

cía Reyes.—3, Manuel F. Sánchez Garrido.—4, Fernando Peña.—5, Horacio Gómez.—6, Clemente Rodríguez.—7, Emilio Artigas.—8, Teresa Ramírez.—9, Angeles Vázquez Martín.—10, Román Martín García.—11, Bernardo Sáenz.—12, Eloy del Puerto.—13, Alfonso Barroeta.—14, Esperanza Castillo.—15, Emilio Franco.—16, Luis Rojas.—17, Ignacio Agudo.—18, José Lisbona.—19, Vicente Ferrer.—20, José P. Roperio.—21, Manuel Santiago.—22, Mercedes Abella.—23 y 24, Manuel Fernández.—25, Isidoro Morante.—26, Pablo del Toro.—27, Carmen Casado.—28, Asunción Hernández.—29, Florencio Fernández.—30, Angel García.—31, Justo Barrio, todos de Madrid.—32, Maite Olarán.—33, M. Irureta.—34, Marichu Peyrona.—35, Angelita Abaunza de Olarán.—36, Adelita Peyrona, de San Sebastián.—37, José Fenoll Martínez, de Barcelona.—38, Dionisio Hernández, de Vitoria.—39, María Colón.—40, María Isabel Urzola, de Valencia.—41, Ricardo Abauza, de Bilbao.—42, Luis Florit, de Castellón.—43, Justo Espinosa.—44, María Teresa Ruiloba.—45, Simón López Jiménez, de Jerez.—46, Rita Pérez, de Oviedo.—47, Mónica Plaza, de Guadalajara.

El sorteo de premios se verificará públicamente en nuestra Redacción (Plaza del Angel, 5), a las seis de la tarde del día 30 del actual.



Agua RADIUM

TINTURA PARA EL PELO  
Con una sola aplicación se logran  
— matices permanentes —

CORTÉS, HERMANOS.—BARCELONA

### Cupón núm. 1

que deberá acompañar a toda solución que se nos remita con destino a nuestro CONCURSO DE PASATIEMPOS del mes de enero.





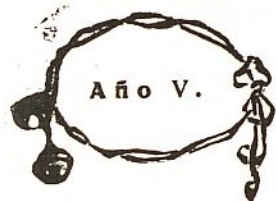
Los entusiastas  
partidarios de los depor-  
tes son también conven-  
cidos partidarios del  
**A G U A D E**  
**COLONIA AÑEJA**

Conocen la deliciosa sensa-  
ción de bienestar y frescura  
que proporcionan, después  
de las violencias del ejercicio  
físico, unas buenas fricciones  
con esta exquisita Agua de  
Colonia, compuesta de alco-  
hol neutro de 90° y esencias  
concentradas de flores y fru-  
tas. Es un eficaz estimulan-  
te de la energía física. Toni-  
fica los nervios y da a los  
músculos agilidad y vigor.

Frasco de litro, 15 pts.; frasco pequeño, 2,50  
en toda España.

PERFUMERÍA GAL. -- MADRID

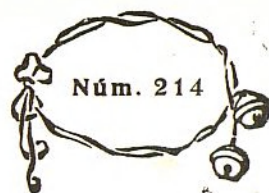




# BUEN HUMOR

SEMANARIO SATÍRICO

Madrid, 3 de enero de 1926.



## EL PAVO



BUENOS días, don Cosme. ¡Y fresquitos!

—Completamente «glacés». Retuerta.

Tras este frío saludo, D. Cosme Pulgarcete entró en su despacho. Allí comenzó a despojarse de su indumentaria invernal; el sombrero de fieltro, la bufanda de lana, el abrigo astracanesco y los guantes forrados. Después sacó de un cajón de la mesa su flamante gorro y se lo encasquetó cuidadosamente.

Cuando Retuerta le vió aparecer de nuevo, tembló ligeramente; don Cosme, a quien sus subordinados habían dado en llamar don Cosmético, por la suavidad de carácter, siempre propicio a disculpar, tenía dos puntos con los que no transigía. Uno, la hora de entrada al trabajo, mejor dicho, la puntualidad en la vida del hombre; otro, Paquito Cercedilla, un oficialillo más fresco que el pueblo de su apellido y más vivo que Romanones.

—Amigo Retuerta — comenzó diciendo don Cosme, mientras se frotaba las manos morcillescas —; he podido observar ayer y hoy que sus compañeros Domínguez y Trillo y, en particular, ese «bendito» San Rafael...

—Perdone usted, don Cosme — interrumpió Retuerta —; querrá usted decir Cercedilla.

—Bien, Cercedilla. Estación más o menos... Decía, pues, y no he de andar con circunlocuciones, que he observado que sus compañeros son poco madrugadores, poco puntuales. Acaban de dar las nueve y cuarto, y no me parece nada bien que esté usted aquí solo.

—Estoy con usted, don Cosme.

—¡Demontre, pero no están ellos!

—Asentía, don Cosme, nada más.

—¡Ah!... Perfectamente.

Hubo una pausa. Retuerta

permaneció en pie sin saber qué decir.

Al fin, y después de haber dado varios paseos por la habitación, exclamó aquí:

—¡Esto se va a concluir! Hágame usted el favor, amigo Retuerta, de decir a Domínguez y a Trillo que, en lo sucesivo, procuren no retrasarse ni un minuto. En cuanto a Cercedilla, le dirá usted que quiero hablarle. En mi despacho estoy.

\*\*\*

A las diez y veinte, Paquito hizo su aparición en la oficina. Domínguez y Trillo ocupaban sus puestos desde las nueve y media.

—¡El trabajo es un atraso! —entró diciendo— ¡Viva el progreso!

—¡Chist! —siseáronle los compañeros.

Se quedó helado. ¿Por qué no le recibían como siempre con aplausos, vítores y chirigotas? En seguida comprendió:

—«¡La mère de ma mère!» ¡Don Cosmético está ahí! ¡Aquí ha pasado algo! Y agregó, dirigiéndose a Retuerta:

—Dígame usted, Retuerta, usted que es persona ecuánime.

—Sí, señor; está ahí —contestó el aludido— y quiere hablarle. Pase usted al despacho.

Cercedilla se santiguó cómicamente, colgó con precipitación el sombrero y el abrigo, tosió varias veces, estornudó otras, y entró en el despacho con el pañuelo en la mano.

—¡Es un «fresco»! ¡Le convencerá! —aseguraron los tres.

Y así fué.

\*\*\*

Transcurrieron quince días. Una mañana Paquito Cercedilla discursó ante sus compañeros, mientras saboreaban el clásico café.

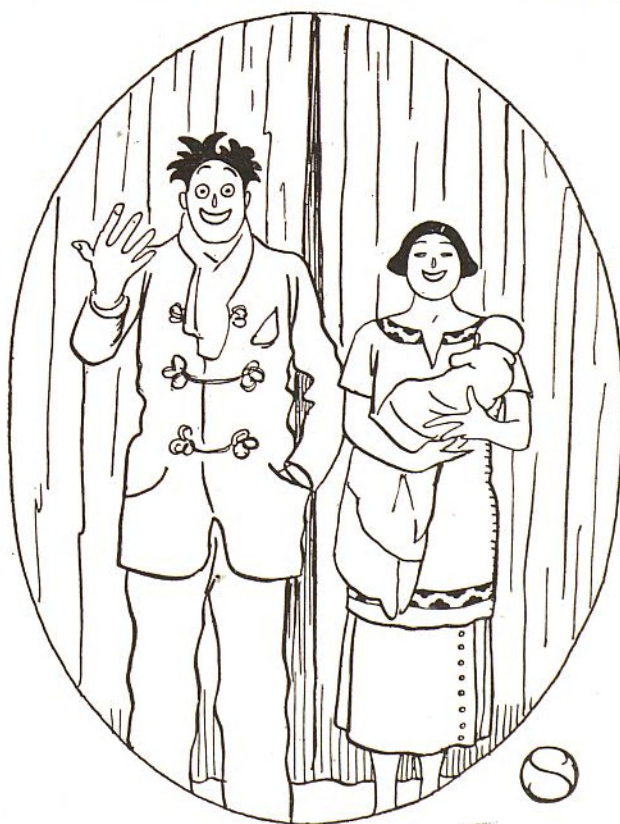
—Amigos míos de infortunio. Han pasado dos semanas y pico, y todo está igual, etc., etc., que todos sabéis la canción; don Cosmético continúa viniendo a las nueve en punto, y yo no estoy dispuesto a sufrir las consecuencias.

—¡Adiós, mártir! —protestó Domínguez— ¡Y te has «tirao» quince días «aterri-zando» a las once.

—Cierto; pero como el catarrito que inventé ante don Cosmético, me parece que ya está bastante sudado, he tenido que venir hoy, como ha beis visto, a las nueve en punto.

—¡Cómo habrá usted sufrido! —exclamó con ironía Retuerta.

—¡Que si he sufrido! ¡Como que no me he acostado en toda la noche para no tenerme que levantar temprano! Pero a lo que vamos; este



Dib. SILENO.—Madrid.



hombre está «chalao». En verano «amanecía» a las doce, y ahora, en cambio, se ha «abonao» al nueve. ¿Hay derecho? ¡No hay derecho! ¡Eso es una vergüenza!

—¡Bravo! —gritó Trillo.

—¡Bien! —aplaudió Domínguez.

—¡Señores, que nos pueden oír! —dijo alarmado Retuerta.

Cercedilla paladeó el último sorbo de café y prosiguió:

—¡Calma, amigos míos! Decía... lo que decía y lo repito; este hombre está «para observarle». ¿Qué se puede esperar de un señor que no va a los teatros porque no empiezan las funciones a la hora fijada en los carteles?

—Ir a los toros, —indicó Retuerta.

—No sé. Adonde va es a la Puerta del Sol a ver caer la bola, porque dice que allí nunca se retrasan.

¡Vaya alboroto que se armó! ¡Mala sombra!... ¡Muñoz Seca! ¡Gracioso!, le gritaron. Retuerta consiguió poner orden, y entonces Cercedilla pudo continuar.

—Gracias, señores. Después del éxito logrado, voy al grano. Se me ha ocurrido una idea capaz de eclipsar al «peor» autor cómico. Tengo un plan estupendo. Vosotros no tenéis que ocuparos de nada, ni intervenir en «rien». Yo me encargo de todo. Tocamos a cinco pesetas. Si me dais un miserable duro, yo os prometo que desde mañana podemos venir uno cada día a las once de la mañana y los demás a las nueve y media. Me explicaré.

Y Paquito Cercedilla expuso a sus compañeros su maquiavélico plan. El éxito fue completo.

\*\*\*

A las cinco de la tarde del mismo día, recibió D. Cosme en su domicilio, Reloj, nueve, segundo, una carta y un rollizo pavo. El gordiflón animalito no decía ni pío; bien es verdad que estaba muerto; mas también es verdad que la carta no estaba viva y, sin embargo, decía así:

«Señor don Cosme Pulgarcete: Cuatro palabras nada más. Bondad, moralidad, justicia, talento. Permítame otras cuatro. Cariño, respeto, subordinación, pavo.»

Don Cosme quedó pensativo. No comprendía el significado de aquellas palabras, o lo que es lo mismo, no entendía ni una palabra. Siguió leyendo con interés:

«Las cuatro primeras corresponden a usted, ilustrísimo y admirado Jefe; las otras cuatro, a este humildísimo subordinado que con el mayor respeto se toma la libertad de enviaros esa pequeña víctima. Admitidla. No me la despreciéis, no me amarguéis la Nochebuena. Gracias y que os aproveche.»

Don Cosme sonrió halagado. ¡El, ilustrísimo y admirado Jefe! ¡Claro que estaba admirado! Como que a excepción de una vez, el día de Inocentes, que recibió una caja con bolas de naftalina, nadie se había acordado nunca

## BUEN HUMOR

de él. ¿Quién sería el dadivoso obsequiante? Un subordinado decía la carta. Sí, un subordinado, claro estaba; pero no estaba tan claro. ¿Cuál de los cuatro? ¿Sería el infeliz Retuerta? Podría ser, pero ¿por qué no pensar en Domínguez o en Trillo? Eran buenos muchachos. Sí, sí. ¿Y Cercedilla? ¿No podía haber tenido un rasgo de esos tan frecuentes en los «frescos»? Porque Paquito era un buen muchacho, no cabía dudarlo. Un poco sinvergüenza, pero con gracia, eso sí, con mucha gracia. En el fondo una bellísima persona.

Don Cosme no quiso cavar más. Palpó a la inocente víctima y exclamó, dándose por vencido:

—¡Que me lo asen!

\*\*\*

Y, ahora, el lector lo comprenderá todo como al final en las comedias de enredo, si es que ya no lo había adivinado.

Don Cosme vió con disgusto cómo sus subordinados llegaban con retraso a la oficina. Primero Cercedilla; después, Trillo; luego, Domínguez. ¡Hasta Retuerta! Pero don Cosme no se atrevió a llamar a ninguno a su despacho. Se acordaba del regalito y se decía, temeroso:

—¿Y si fuera él el del pavo?  
Y no supo que el «pavo» fue él.

PABLO TORREMOCHA

## ¡SI ES SUEÑO, PUEDE PASAR!

Aunque el holgar ha pasado de moda ya en esta tierra, me he visto ayer molestado por cierta huelga que ha estado en sueños dándome guerra.

¿Qué fue? Voy a ver si puedo contarle en breves instantes. ¡Se hallaban, sin mostrar miedo, en huelga los fabricantes de mazapán de Toledo!

Recordarlo me da horror.

¿Cómo no me lo ha de dar cuando tiene ese manjar un carácter y un sabor imposible de imitar?

En borrar cifro mi empeño de mi calete pequeño tal sueño, que Dios maldice. ¡Haga el Señor que este sueño nunca jamás se realice!

Pueden intentar, como antes, holgar los mineros (¡pobres!), los músicos, los danzantes, los mozos, los sobrestantes

y los que fabrican sobres; pueden los ferroviarios, juzgándose siempre invictos, declararse, temerarios, en huelga, causando varios y lamentables conflictos; pueden holgar, sin enemiga, con una unión estupenda, los funcionarios de Gracia y de Justicia y de Hacienda y aun los de la Diplomacia, y todos los empleados de Correos y Penales; los *porras* municipales y hasta los beneficiados de todas las Catedrales.

Por mí, pueden libremente holgar desde el excelente gremio de peluquería hasta las amas de cría... y todo bicho viviente.

Puede pasar, lector caro, que diga «¡paro!» el que pinta y diga «¡paro!» Jenaro,

el herrero, y diga «¡paro!» toda mujer que esté encinta.

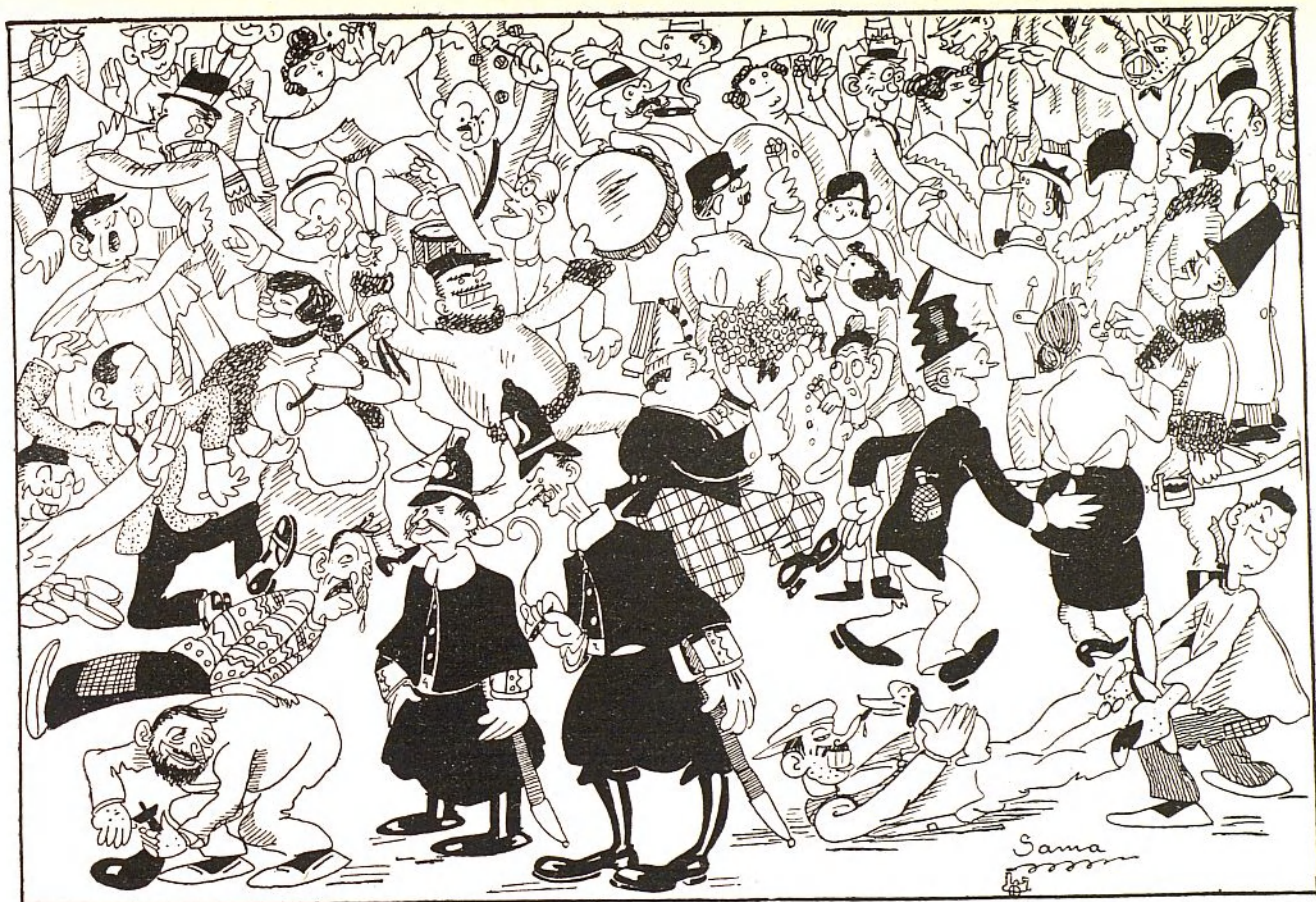
Mas, por San Pedro y San Juan que junto al Eterno están gozando de un buen asiento, ¡que no paren un momento los que hacen el mazapán,

esa sin par golosina que es de Toledo, lector, el monumento mejor y nunca se encuentra en ruina y encanta al consumidor!

¡Oh, sí! ¡Que, aunque haya rencillas, y algún político enredo te saquen de tus casillas, no falten empanadillas de mazapán de Toledo, y que a mi sueño guasón le suceda (ese es mi afán) lo que dijo Calderón; ¡que «los sueños sueños son» y por siempre lo serán!...

JUAN PEREZ ZUÑIGA





## ECOS DE SOCIEDAD

Dib. SAMA.—Madrid.

El viernes pasado se verificó en la Puerta del Sol, con la mayor solemnidad, la inauguración del año actual. Asistieron al acto: Juan Pérez, Blas García, Pedro Jiménez, Ramón González, Luis López, María Fernández (neé Ruiz) y otros muchos cuyos nombres sentimos no recordar.

# A LOS REYES MAGOS

La caravana resultaba espléndida y hubiera hecho la felicidad de un director de escena cinematográfico. En larga fila, hombres y animales cruzaban el desierto enrojecido por el sol en ocaso. Junto a la majestad terrible de los elefantes, los camellos de andar monótono y desgarrado marcaban las interrogaciones de sus cuellos y, entre unos y otros, los conductores de vistosas indumentarias, empujados por el contraste, daban una nota frágil de muñecos móviles.

Si a distancia el efecto era sorprendente, vista de cerca la caravana resultaba magnífica. A su cabeza, tres reyes mostraban su capa de armiño y sus coronas de oro y pedrería que les hacía parecer tres reyes de baraja y, tras de éstos, los eslabones vivos de los animales con gualdrapas maravillosas, rendidos bajo el peso de sus cargas, ofrecían la visión de un cuento oriental.

—Temo—dijo uno de los reyes de-

jando caer las palabras con la triste sonoridad de un presagio—, temo por nosotros y por nuestra sagrada misión.

—Yo también temo—añadió como un eco otro de los reyes—. Vamos siendo viejos y el mundo ha cambiado mucho en estos últimos siglos. Todo parece contrario a nosotros. Acordaos de aquel año en que tú, Gaspar, confundiendo la estrella que nos guía con el anuncio luminoso de un *cabaret*, nos hicistes que entrásemos en aquel antro de vicio...

—¡Calla, no lo recuerdes!...

—Aquel año, Gaspar, nuestra misión quedó incumplida y nuestra majestad por los suelos. ¿Os acordáis del éxito que con nuestros trajes tuvimos? Todo el mundo los elogió mucho y nos felicitó por ellos creyéndolos disfraces. Aquel año, las niñas pequeñas, las niñas menores de veinte años, no tuvieron juguetes.

Hay una pausa llena de remordi-

mientos. El rey Gaspar la rompe diciendo:

—Acordaos también de aquel otro año en que fuimos atacados por los beduinos del desierto. Tampoco entonces pudimos realizar nuestro cometido.

—¡Tampoco entonces!—suspiran los otros dos a coro.

La caravana se detuvo, ya casi envuelta en la noche. Y uno de los camellos dejó oír la inevitable canción oriental llena de melancolía, la canción en que se habla de la luna y del desierto y que es de un efecto grande para finalizar capítulos.

\*\*\*

La pretensión fué escuchada con asombro por los viajeros reales. Melchor dijo mostrando la indignación de los tres:

—¡Nosotros no somos comerciantes! ¡Estos juguetes no se venden!

Pero el hombre insistía en su ruego



con una insistencia torpe y pesada de niño caprichoso. Él deseaba comprar unos juguetes para venderlos a su vez con alguna ganancia, y no comprendía el por qué de aceptar los reyes ya que la venta es un acto lícito y corriente.

Los viajeros consultáronse con la mirada y accedieron. Por unas cuantas monedas entregaron al hombre unos cuantos juguetes.

—A mí—dijo Melchor—me parece que hemos obrado bien complaciendo a ese pobrecillo.

—Y a mí—afirmaron los otros.

\*\*\*

El comprador de juguetes volvió repetidas veces y siempre con la misma demanda. Las cantidades que iba invir-

tiendo en las compras eran más crecidas, el doble una de otras.

—Debe estar haciendo un negocio loco—pensó Gaspar.

—Lo debe estar haciendo, sí—añadieron los otros.

Y, en una mirada, los tres reyes se dijeron una idea, que a los tres se les había ocurrido al mismo tiempo.

\*\*\*

Detúvose la caravana en aquella ciudad. La idea de los tres reyes, llevada a la práctica, dió como resultado la instalación de un comercio sobre cuya puerta podía leerse: «A los reyes magos». «Gran bazar de juguetes».

En uno de los escaparates del establecimiento, dos figuras de tamaño

natural, vestidas con suntuosos trajes orientales, llamaban la atención del público por su maravillosa realidad en la proporción y en el gesto. Ambas tenían entre sus manos, pegadas al pecho, un pequeño buzón de cartas.

Pero dentro de las estatuas rígidas, algo se conmovía cuando allá, en la tienda, sonaba una voz áspera, una voz de viejo diciendo:

—Le aseguro, señora, que me es completamente imposible rebajarla un céntimo. El juguete es casi regalado por ese precio, créame. Fíjese, señora, fíjese bien y se convencerá. Esta es la casa que más barato vende. La verdadera casa de los reyes magos...

J. SANTUGINI PARADA

## DEL TIEMPO

# LA DESGRACIA DE FIFÍ

Fifí fué una chica muy desgraciada siempre. Tenía un padre militar, arrogante y simpático, y lo atropelló el tranvía. El Estado accedió a conceder a la viuda y a la huérfana una pensión de quince o veinte duros para que lucieran un traje decente de luto. Fifí y su madre, sometidas a una implacable estrechez pecuniaria hubieron de trasladarse a un piso cuarto, de esos que son novenos. La madre de la muchacha agarró una pulmonía, y, de resultas, se quedó hemipléjica, con profundo asombro de los médicos. Fifí lloró mucho, viendo a su única protectora sepultada en un butacón. ¿Hasta cuando iba a seguir abrumándola su mala ventura? Para poder vivir con algún decoro, se olvidó de su belleza, ingresando como mecanógrafa en cierta oficina. A las dos semanas, el jefe de ella, un caballero cubierto de condecoraciones y de granos, le habló así:

—Mire usted, Fifita. Yo soy muy francote. En esta oficina, a la que viene público muy distinguido, las faldas largas que usted lleva constituyen un alarde protocolario impropio de su juventud, tan pimpante. Es preciso que se haga usted recortar las faldas y dejarse ver los tobillos. Los tobillos de una mujer tan elegante como usted, hacen ¿cómo diría yo?, hacen más sugestiva la correspondencia. Fifí, consérvela, se arrojó en los brazos de su madre.

—No llores—, le dijo la anciana, siempre indulgente—. Obedece a quien te da de comer, que eso no perjudica tu pudor. Por pocos centímetros que alcance tu falda, tu honestidad tendrá siempre la misma altura.

Meses después, el jefe, que estaba muy satisfecho con los servicios de la

empleada, la llamó a su despacho, donde había unos sillones terriblemente panzudos:

—Mire, Fifita; la mujer moderna no guarda ya parentesco alguno con la de antaño, soltera gazmoña que tenía una mano para acariciar al canario y otra para hacer gemir a Tosti en el Pleyel. Usted es una muchachita valiente que se gana su vida. Pero ese aire un poco arcaico, le es perjudicial. ¿Por qué no se corta el cabello?... Yo le agradecería mucho que se lo cortara, dejándoselo a «lo garçon»». Eso de los moños historiados y abundantes no se ve hoy más que en las óperas, o en los cuadros de los museos.

Fifí, a quien perseguía la mala estrella, cayó anonadada a los pies de su confidente:

—Quieren, mamá de mi alma, que sacrifique mi mejor adorno, lo que en más estima tiene toda mujer. ¡Soy muy desgraciada!

La madre sonrió con dolorosa conformidad:

—Córtate el pelo, que, al fin y al cabo, es realmente, un estorbo. A ver si por hacer caso a tu superior, te suben el sueldo.

Fifí accedió.

A los pocos meses, nueva llamada del caballero de los granos.

—Fifí, hija mía. Los negocios marchan prósperamente. Estamos contentísimos con usted. Pero... En esta oficina, montada a la moderna, detesto con toda mi alma todo lo que no sea seducción, halago, mundanismo. En una palabra: yo le suplico que refuerce un poco, un poquín nada más, el rosa maravilloso de sus labios. ¿Comprende? Que se lo tñia discretamente... Así desaparecerá el último matiz de covachuela que todavía conservan es-

tos locales, tan cucamente alfombrados y encerados...

Fifí, la pobre, pasó unas noches espantosas. Al fin, adquirió la barra de carmín para la boca pizpireta. ¡Cuánto había que aguantar para seguir viviendo! ¡Si su padre levantara la cabeza!

Al año le aumentaron el sueldo a la mecanógrafa. Pero el jefe hubo aún de solicitarle una nueva merced:

—Yo comprendo que estamos en invierno, y que el frío aprieta. Sin embargo, ¿usted se fijó alguna vez en su nuca, señorita Fifí? Llevarla cubierta con ese cursi —perdone usted— con ese cursi cuello de piel barata, equivale a destruir un conjunto impecable. ¿Por qué ese afán de envejecer antes de tiempo? En esta casa todo es juventud, todo es agilidad, norteamericanismo... Lleve la linda nuca al aire, y ya verá como es usted otra mujer. ¡Vivamos con el siglo!

Otra vez se sometió Fifí a aquel deseo, aunque no sin sollozar con infinita desolación. El día que se presentó una empleada nueva, y simpatizaron a escape, Fifí conservaba todavía en los ojos las lágrimas. Su compañera abrió la boca, graciosamente dilatada por el estupor:

—¿Y lloras así por tan poco? Mira; a mí nadie me ha pedido que enseñe gratis las rodillas, ni que me prive de mi cabellera, ni que me pintarrajee como un mal payaso, ni que me hiele la espalda en invierno. Todo lo hice sin que me lo mandaran, porque no cabe duda de que me favorece. Y ya ves, tan contenta. Hija, hay que ir con la moda. Anda, anda; sécate ese llanto que te puede aflojar la piel y va a ponerte feísima...

E. RAMÍREZ ANGEL





Dib. GARRIDO.—Madrid.

—¡Anda que como me toque también a mí el gordo, tengo cuerda para veinticuatro horas!



## GALERÍA PINTORESCA

## EL DURO DE BENITO

XXXIII

—¿Pero qué le pasa a usted que está de tan mal humor?  
—¡Qué me ha de pasar, señor, si yo mismo no lo sé!...

Que estoy loco, se lo juro don Ramón, y estoy ya frito con el memo de Benito que me pide siempre un duro.

Voy de casa a la oficina y armado el muy miserable como siempre, de su sable, me espera junto a la esquina, me cuenta algún grave apuro como siempre, por si influye, y como siempre, concluye por pedirme, al fin, un duro.

Voy al café ¿y cree usted que allí puedo estar tranquilo? ¡Pues no, señor, siempre en vilo me tiene hasta en el café!

Allí sabe de seguro

que me encuentra el muy pelmazo, y en otro nuevo sablazo me vuelve a pedir un duro.

Fuí anteayer a la boda de mi sobrina Nemesia, y se me plantó en la iglesia, y ante la familia toda me pidió con mansedumbre sin ambages, ni etiquetas, las mismas cinco pesetas que tiene ya por costumbre.

Voy al cine mas obscuro, siento atrás un golpecito...

¡y, ya se sabe, Benito que me está pidiendo el duro!

—¡Conducia tan descarada es de un fresco!...

—¡Sí, señor!

¡Cómo que es el inventor de la carne congelada!

Así es que no se qué hacer

ante el feroz pedigüeño que con implacable empeño me persigue por doquier.

¡Lo tengo entre ceja y ceja! ¡Sueño con él noche y día! ¿Qué es lo que con él haría, don Ramón, qué me aconseja?

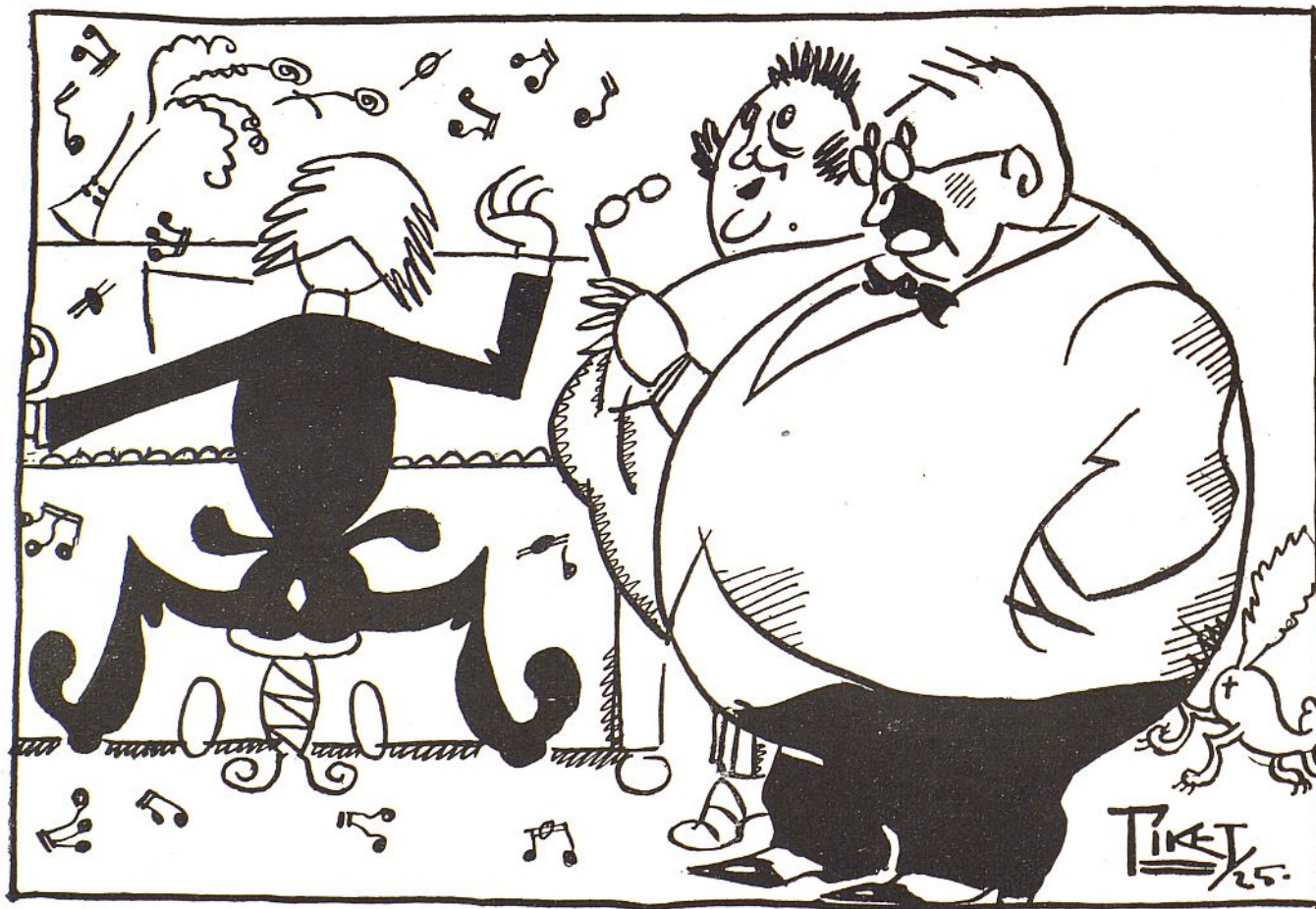
—Ya sabe usted que le estimo y por lo que ya voy viendo, usted lo está manteniendo y haciendo además el primo.

Duro a duro y día a día, sin concederle importancia fomenta usted la vagancia con doble filantropía,

mas cuide sus intereses o se arruina de seguro!

—¡No, señor, si es que ese duro me lo prestó hace seis meses!...

FIACRO YRÁYZOZ



Dib. TIKET.—Madrid.

ELLA.—¡Enorme! ¡Magistral! ¡Es una gran obertura!

EL.—¡No, mujer; no pasa de ser un descosido insignificante!



## CONSECUENCIAS

## LA RESURRECCIÓN

—Lector: cuando te mueras, no resucites, hazme caso.

Me interesa hacer saber que no he muerto. Más claramente: quiero que todo el mundo sepa que vivo; no en la opulencia, por desgracia, pero vivo.

Un sencillito desmayo, ligeramente cataléptico, que sufrí días pasados, al saber que se decía que yo era amigo de Calvo Sotelo, bastó para que mis familiares me dieran por muerto y para que circulase por Madrid la especie de que yo era ya un cadáver de los más rígidos de su clase.

Sé que la noticia produjo honda sensación en el gremio de faroleros, y no estoy dispuesto a que transcurra una millonésima de segundo más sin deshacer tan voluminoso lío.

En estas mismas esforzadas columnas se ha dado cuenta de mi epílogo, y por cierto en una forma tan ofensiva que ha bastado para convencerme de que en esta Casa se me quiere. Se me quiere ver putrefacto lo antes posible.

La entrada en la Redacción al día siguiente de volver del desmayo, fué una entrada como para revenderla.

En el portal, la portera y cinco vecinas cuchicheaban entre sí cuando yo puse mis reales en el umbral, y hasta a mis oídos, entrenados por varios conciertos de la Radio Ibérica, llegaron estas palabras:

—¿De manera que se ha muerto?

—Como el general Zumalacárregui, sí, señora.

—Bueno, la verdad es que Dios ha hecho bien en llevárselo, porque el pobre tenía una cara que parecía la fachada del Hospicio antes del revoco.

—Y de figura, no desentonaba en una cesta de alcachofas.

—¡Pobrecillo! Y era joven, ¿no?

—Mire usted, creo que hizo la primera comunión el día que mataron a Prim.

—Y en el BUEN HUMOR, ¿qué dicen?

—Pues han dao tal suspiro de satisfacción que se ha levantao el linolium; no la digo a usted más. No ve, que como casi siempre cobraba adelantao, pues el azministrador estaba ya un poco «mosca».

Aquello acabó de convencerme de que se referían a mí, y, dando un paso al frente, murmuré con voz cavernosa como la Prehistoria:

—Buenas tardes.

A esta frase siguieron seis gritos provenzales, que lanzaron la portera y las vecinas, y seis ataques tan epilép-

ticos como fulmíneos. La elegante lectora y el esbelto lector habrán comprendido al punto que aquellas mujeres creyeron ver mi espectro al entrar yo, y esa equivocación astral fué la que produjo los ataques ya reseñados.

Subí las escaleras con el alma flotante en un pesimismo diurético y en-

tré en la Redacción. El director, el administrador, cuatro compañeros, seis colaboradores espontáneos, el cajero y un muchacho que lleva los libros, aunque casi no puede con ellos, alzaron sus cabezas y clavaron en mí las catorce miradas de sus veintiocho ojos. Me miraron de un modo que



Dib. ALPHA.—Albacete.

—A mi papá le van a traer los Reyes una pianola. Y al tuyo, ¿no le traen nada?

—Como somos doce hermanitos, a mi padre los Reyes le traen... de cabeza.



comprendí que también ellos pensaban que yo era el fantasma de mí mismo.

Fué Manuel Abril el que exclamó, bostezando con fastidio:

—¡Vaya! Ahora éste nos va a dar un latazo de ultratumba.

—Pues aquí que no venga con estupideces de espectros—dijo Polo—, porque a mí no me toma el pelo ni el espectro solar.

Sama, el caricaturista, se acercó a mí, y dándome la cadena de su reloj, que es lo único que le falta por empeñar, me advirtió:

—Toma, Enrique. Aquí tienes una cadena para que la arrastres por los pasillos, como hacen todos los fantasmas, pero no metas mucho ruido que en el piso de arriba vive un sereno y ahora está descansando.

Luego me volvió la espalda y todos reanudaron su trabajo sin ocuparse de mí para nada.

Juré y perjuré que era yo mismo, en carne y hueso, más hueso que carne, y nadie me creyó. Vociferé, pateé el suelo, queriendo convencerles de que no se trataba de un espectro, sino de un individuo real, aunque eminentemente

feo, pero mis razonamientos resultaron más inútiles que un sordomudo.

Entonces tuve una idea, cosa que me ocurre muy de tarde en tarde. Avancé hacia el administrador y le rogué que me adelantase el importe de mi último artículo. El administrador me examinó de pies a cabeza con la extrañeza pintada al óleo en el semblante, luego se puso de pie, extendió el brazo con ademán tribunicio y dijo señalándome:

—Es él, que no ha muerto. No me cabe duda.

Sus palabras produjeron una consternación parecida a la que produjo el hundimiento del Tercer Depósito. Los presentes me sometieron a una serie de pruebas para llegar al convencimiento de que era yo mismo, en alma y cuerpo. La última prueba, que consistió en hacerme meter una mano en un cubo de agua, simple hecho que motivó la congelación del líquido, pareció convencerles del todo.

—¡Es él!

—¡Es él!—se oyó decir en trece tonos de voz distintos, pero igualmente tristes y desesperados.

—¡No ha muerto!

—¡Ha resucitado!

Y un compañero, cuyo nombre no estampo aquí, porque es capaz de estamparme él un cenicero en la bola que yo utilizo para peinarme con raya, murmuró con verdadera angustia, mirándome de reojo:

—¡Qué hombre! A este tipo le pegan un tiro en la cabeza y lo más que le producen es una neuralgia...

A partir de ese momento en que todos van sabiendo que no he muerto, la vida comienza a hacerse imposible. Las personas dadas a la broma me hacen objeto de burlas, mofas y befas. Unos me saludan diciendo:

—Hola, insepulto.

Otros me piden detalles de la Nueva Necrópolis, y las personas serias se ofenden con mi actitud.

—Eso no está bien,—me advirtió ayer un señor que vive en mi casa y que no sale a la calle sin corsé ni para poner un telegrama urgente.—Eso no está bien. Cuando uno dice que se muere, hay que morirse...

—Pero, don Venancio, por Dios... —le he suplicado yo.

—Nada, nada, joven; eso no es serio. Además que ¿qué van a hacer en el Cielo con una misa que mandé decir yo por el descanso de tu alma?

—Pues mire usted, don Venancio, que me la reserven.

Y esta respuesta, poco meditada, me ha costado regañar con don Venancio.

Pero él debe tener gran empeño en que se aproveche cuanto antes esa misa, porque ayer bajaba detrás de mí la escalera y me dió un empujón que si no me aferro al pasamanos con furia mahometana, me hago virutas la existencia.

ENRIQUE JARDIEL PONCELA.



Dib. BILBAO.—Madrid.

#### HIGIENISTAS

—Si no bebiese usted tanto vino, no tendría esa nariz así...

—¡Pues precisamente se me empezó a poner como usted la ve desde que una vez bebí un vaso de agua!



# ¡OH, LA NATURALEZA!

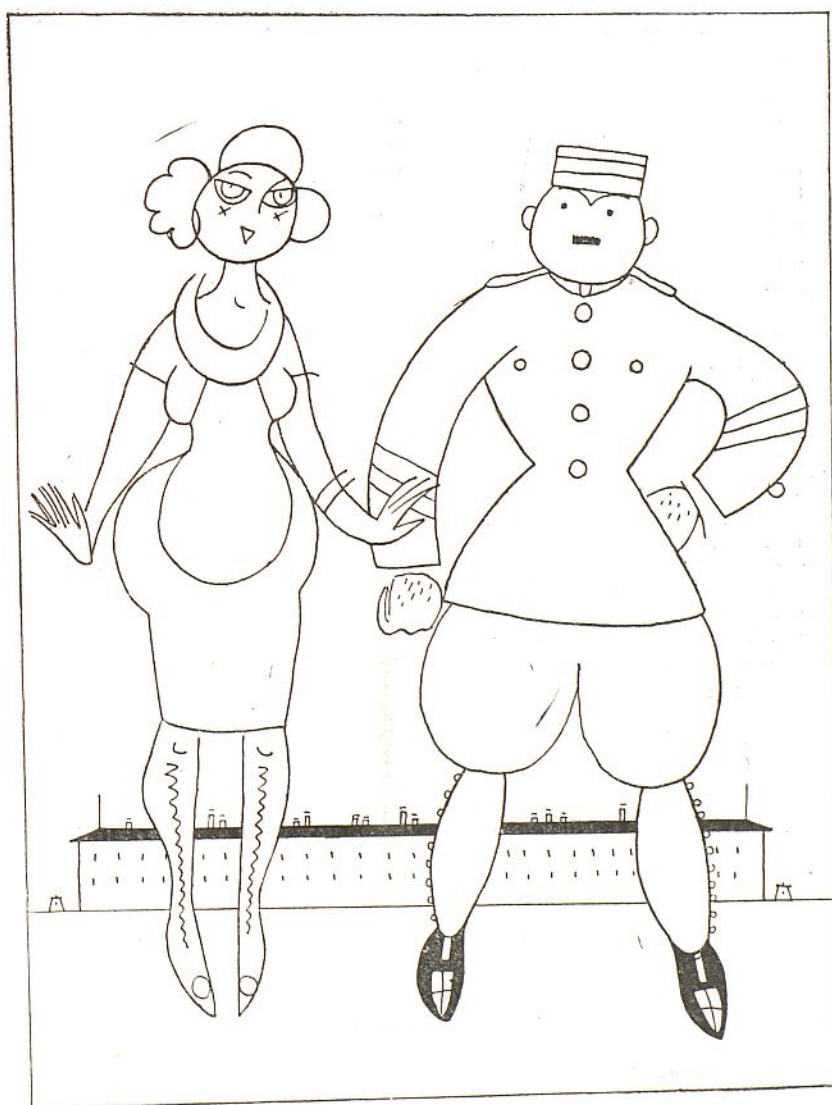
(MALO, PERO... HISTORICO)

Por la estepa triste,  
por la árida estepa  
crucé yo, sombrío,  
la mañana aquella.  
De recias borrascas,  
de horribles galernas,  
de fieros ciclones  
quedaban las huellas  
en el campo muerto,  
sin flores, ni hierbas,  
ni troncos, ni arroyos,  
ni matas, ni piedras,  
ni espigas, ni vides,  
ni cotos, ni sendas,  
ni jaras, ni tundras,  
ni musgos, ni huertas.  
La nieve cubría  
la estepa desierta  
y era la mortaja  
de la fría tierra  
que, negra, callada,  
y rígida y yerta,  
sólo un *de profundis*,  
tan sólo una queja  
pedía a los pechos  
que un día la hicieran  
musa de sus cantos  
en la estación bella  
en que el sol besaba,  
fecundo, las crenchas  
de dorados tonos  
de su flora espléndida  
y los amplios senos  
de sus mil hanegas  
que brotaban haces  
y jugosas pencas  
y encendidas pomas  
y rojizas fresas  
y blancos azahares  
y limas de seda,  
en el oro ardiente  
de su casco envueltas.  
El cierzo silbaba...  
Su ruda elocuencia  
negaba esperanzas  
y traía pena.  
Arrastrando nieve  
cubría a la muerta...  
Bramando con furia  
fingía una queja...  
Caían los copos,  
y un ave agorera  
graznaba en lo alto  
de la torre vieja  
de un templo sin santos  
de lejana aldea,  
prestando al paisaje  
tintes de tragedia...  
¡Hermoso era el cuadro,  
aun con sus tristezas!  
¡Grandiosa la muerte  
reinando en la estepa!  
¡Augusta la nieve  
tejiendo a la tierra  
con su manto regio  
la mortaja espléndida!

¡Oh, cuadro admirable!  
¡Oh, Naturaleza!  
¡Bella hasta en tus dramas!  
¡Grande en tus tragedias!  
¡Lástima fué y gorda  
que la cusca hicieras  
al que te admiraba  
con la boca abierta,  
pues al contemplarte  
y allí, con la fresca,  
agarré un catarro  
de tres mil... puntetas!...  
*Esta poesía (¡¡ !!)*  
*tiene moraleja:*

*cuando haga este tiempo  
ponte una trinchera  
de treinta y dos duros  
y diez y seis telas,  
un chaleco grueso  
y dos camisetas  
y un par de bufandas,  
y luego de puestas  
métese en la cama  
y lee la prensa,  
aunque mejor fuese  
que no la leyeras  
para no encontrarte  
con latas como ésta.*

SOTERO L. PEON.



Dib. GALINDO.—Madrid.

—Desde que has ascendido no haces más que lucirte.  
—Como que soy cabo.





# BAMBALINAS

## DIABLAS Y TRASTOS



### Entradas y Salidas de Año.

Han llegado las Pascuas y con ellas el Tute de Ases. En Navidad estrenan los Ases de la literatura cómico-dramática. Saben ellos que, en esta época, va todo el mundo al teatro y que por consiguiente, el tanto por ciento de las entradas es tanto que no hay autor de fama que no diga a cada empresario, «¡Má por el mes de junio, «Las Pascuas, ¡para mí!»

Tienen, además, otra porción de ventajitas al estrenar en Pascuas; entre otras, la benevolencia del público. Todos tenemos, al llegar Navidades, unas tragaderas de dragón, dispuestas a tragarnos la masa del jijona, el portland del mazapán y la mampostería del turrón duro de Alicante. (Hay quien dice que el nombre de Al-i-cante viene de Cal-y-canto y que fué bautizado así en la antigüedad por la confección de sus turrónes).

Nuestros gaznates, pues, aptos para tragarse todo aquello —y lo demás— se tragan cuanto quieren darle sus autores favoritos. El público de Pascuas juzga con el estómago; pensando en lo que va a comer después, si no ha comido todavía, o no pensando en nada si ya comió antes, oye, sumido en sopor, la pedrea de retruécanos que le arrojan desde la escena, y sonrío beatífico, abriendo la boca y cerrando los ojos... «¡No cabe más!» —Dice, satisfecho; y no podemos saber si, en esas circunstancias, se refiere su exclamación a la obra o al estómago.

\*\*\*

No quiere decir eso que las obras de este año pertenezcan al género de Pascuas. «Todo el año es Carnaval» —decían antiguamente, y ahora, para el género cómico, es Pascua todo el año. No hay razón para que suceda lo contrario. Ya se vende turrón en todo tiempo, como es lógico, pues no vemos por qué ley, si son buenos los turrónes y nos gustan, hemos de privarnos de turrónes durante once meses del año. Lo mismo con las obras.

No vemos por qué, no hayamos de estar, en marzo y en noviembre, contentos como unas Pascuas.

Los ases de este año han sido Arni-ches —que estrenó en Eslava, Novedades y Fontalba; Pedro Muñoz Seca

que, solo o en unión de Pedro Pérez Fernández, estrenó en el Infanta y la Comedia; y García Álvarez y Abatí que estrenaron en el Reina Victoria.

No vamos a reseñar, una por una, estas obras estrenadas. Iremos dedicando a sus autores en artículos sucesivos la atención que merecen. La crítica va tomando rumbos nuevos y nosotros no queremos ser menos. Va, cada vez más, propagándose la costumbre —excelentísima— de limitarse, por el pronto, a reseñar lo que pasó en el teatro la noche del estreno y dejar para más tarde el estudio de la obra. Es una medida de prudencia. Pasan los días. ¿Se ve que no se acuerda ya nadie de la obra? pues no se dice nada. ¿Se ve que siguen acordándose de la obra y que el éxito crece?, se dice que es muy buena.

¶ Nosotros no pensamos hacer eso, entre otras razones porque a nosotros nos parecen buenas todas, y porque a nosotros nos parece que los críticos deben ser como los médicos: abren en canal al paciente, descubren un cáncer y exclaman: «¡Hermoso cáncer!» Y vuelven a cerrar. Y cobran.

Nosotros abriremos en canal: si vemos un estado hermoso de salud, diremos: «¡Qué hermosura!» Si vemos un caso de putrefacción diremos: «¡Un caso precioso!» Y el Buen Humor no se alterará por nosotros.

### En Eslava, «Hable usted con mamá.»

Como vermouthe de Pascuas estrenó Eslava una obra que tiene mucha miga.

*Hable usted con mamá* es un arreglo del húngaro; un arreglo en toda la extensión de la palabra: el cómo se las arregla una madre de cinco hijas para casarlas cuanto antes: obligando a la mayor a no casarse hasta que no haya conseguido que se casen las otras hermanas... y haciendo esto, por supuesto, en alguna ciudad donde haya guarnición, porque la milicia ofrece para todas estas combinaciones tácticas y estratégicas un campo de operaciones fértil como pocos.

Puedo asegurarlo. Yo que he pasado algunos años de mi vida en una ciudad donde abunda la guarnición militar, he visto el número de matrimonios que

produce este trasiego marcial de llevar cada dos años a una población modesta unos cuantos regimientos más o menos de caballería.

Es un fenómeno que se explica. Los militares están, por razón de su oficio, sedientos de conquista, y cuando se ven alejados del enemigo que tira con bala, buscan el otro enemigo, que también tira con bala: las señoras. El que más y el que menos, heroico de suyo y arriesgado, se figura que salvará el peligro; pero el que ama el peligro perece en él, y los militares más, porque como están hechos a la disciplina y acostumbrados a obedecer al superior, aunque el superior sea un alcornoque, acaban doblegándose fácilmente a que les mande la damita, que resulta de este modo más superior todavía de lo que ellos se figuraron al principio.

Por lo que respecta a las madres y a su propósito de «colocar» matrimonialmente a las hijas, un regimiento es un plantel insustituible para el caso, porque las niñas se enamoran del uniforme, no del individuo, y como todos van igual, con los mismos galones relucientes, todos deslumbran de la misma manera, y no escogen: en cuanto un uniforme se declara, ya está: De frente. —¡March!... Paso de carga...

La comedia de Eslava nos hace ver que estas costumbres son las mismas en Hungría que en Guadalajara.

*Hable usted con mamá* se llama el arreglo español—según ya hemos dicho—, y es el nombre más adecuado para el caso. La obra—según hemos dicho también—trata del problema del amor con vistas al matrimonio, y este problema presenta siempre un cartelito que dice, invariablemente: «Hable usted con mamá»...

A usted le gusta una muchacha; le parece mona y le parece inteligente (siempre que nos parecen monas, nos parecen inteligentes), y decide usted, en consecuencia, comprobar lo segundo, ya que lo primero no necesita de comprobación por estar a la vista. Parece que lo natural en tales casos sería hablar con la chica, tratarla, conocerla, intimar... Pues, no, señor; hay que hablar con la madre, no con la hija.

«Hable usted con mamá», dicen las niñas para dar a entender que acceden. «Si viene usted con buenas intencio-



nes... hable usted con mamá.» Ellos sienten ganas de protestar y de decir: «Pero, hija, sí, mis intenciones son buenas; las que no son tan buenas son las tuyas. ¿Para qué me haces hablar con tu madre si eres tú la que me gustas y con la que quiero hablar?» Ellas, sin embargo, saben lo que se hacen e insisten.

A veces parece que se habla con las hijas, y no, tampoco: la mamá las aleccionó de antemano, y la niña, que se aprendió aquella lección—la única lección que se aprendió bien en su vida—, la recita de un modo que parece enteramente que se está hablando con ella. Error funesto: se está hablando, aunque no lo parezca, con mamá.

Y menos mal si hay que hablar con mamá solo antes de casarse: a veces después de la boda se mete en todo la mamá y no hay conversación con la hija en la que no tercie la suegra. Los casados suelen desesperarse en estos casos; pero no tienen razón; esa contrariedad es consecuencia del paso primero. ¿No hablaron con mamá cuando comenzaron las relaciones? Pues mamá responde...

La gente se ríe de lo lindo con la comedia. Eslava se ha dedicado a la milicia—signo de los tiempos—y encuentra el justo premio. Ayer *La hija de todos* pasaba entre soldados; hoy *La madre de todas*—que es lo que viene a ser esta comedia—pasa entre la oficialidad. La cruz del mérito militar se impone en estos casos.

Las cinco hijas de la mamá (señora Satorres) a cargo de Catalina Bárcena, Josefina Morer, Milagros Leal, Adela Sentaularia y Rosita Díaz Gimeno, cinco tobilleras, con el tobillo en las corvas, están todas ellas como para hablar con mamá; para hablar con mamá y decirle: «La mayor es admirable y está deliciosa, ¿sí, señora, pero, no se desvele por las otras: me quedo con las cinco...»

Los respectivos maridos: señores Collado, Manrique, Baena, Pérez de León y Crespo; dignos maridos de tales señoras.

### En Eslava, «La cruz de Pepita»

Don Carlos Arniches ha estrenado después, en este mismo teatro, una comedia excelente: *La cruz de Pepita*.

¡Eso es Gran Guñol y lo demás tontería! Lo que llaman Gran Guñol, ese género espeluznante que trata de ponernos el corazón en un puño, no merece tal nombre: el Guñol no ha pretendido nunca semejante cosa. Ha pretendido hacernos reír mucho con

figurones de cartón, hacernos reír infantilmente; mezclar luego con los chistes el estacazo y hacernos ver que de pronto cae muerto el pelele, chorreando serrín por la cabeza, cosa seria y no sería al mismo tiempo.

¡Menudo Gran Guñol el don Carlos Arniches! Hace una humanidad de cartón, figurones pintarrajeados con el mismo chafarrinón y el mismo barniz de las peponas de las ferias, y del guardia, el coronel y el señorito y la solterona del pim-pam-pum, o del ventrílocuo. Las gentes se ríen, se ríen «a todo trapo»; pero luego, en ocasiones, pasado el momento de la risa, se acuerdan de que son personas graves, de que también ellos son guardias o coroneles o peponas y dicen: «Esto no es real». Lo encuentran demasiado grotesco. ¡Qué ilusiones! No es aquello real, no: es «real y medio» (como el Guñol: el Gran Guñol); pero los monigotes del guñol no dejan de ser reales por lo que ellos se figuran, porque tienen llena de serrín la cabeza—eso es lo real precisamente—; no son reales porque no son de tamaño natural sino de mayor tamaño: más grandes, como los gigantes de las procesiones. Gigantes y Cabezudos, son los personajes de Arniches; «máscaras», o si se quiere «mascarones»...

No son personas, no. Tampoco eran personas los héroes de la antigua tragedia mitológica: semi-hombres, semidioses. Y también éstos usaban máscara; y también aumentaban la voz y la estatura.

Semi-hombres, semi-muecos, héroes de guñol, máscaras de cartón y real y medio, lo mismo que los dioses pasaron a ser hombres, por hacer «bestialidades», los hombres pasaron a ser fantoches a fuerza de hacer fantochadas. Ellos, los hombres, no lo saben. Tampoco sabe el cangrejo que es un crustáceo.

Pero don Carlos Arniches lo sabe, sin duda.

Y alguien más debe también de saberlo, porque los Gigantes y Cabezudos de cartón no salen nunca a relucir sino en grandes solemnidades.

### En el Infanta Isabel, «Los trucos»

También como vermóuth de Pascuas estrenó Pedro Muñoz Seca en el Infanta Isabel una comedia: *Los trucos*. Está basada en los graciosos trucos que emplean los cómicos—de la legua en este caso—fuera y dentro de la escena.

La personalidad de Pedro Muñoz Seca trae a mal traer a la «críptica» —como dice, hablando de la «crítica»

un personaje de la obra (interpretado con mucha gracia por el Sr. Mora) y que representa en la comedia uno de esos cómicos de bululú que siempre se equivocan—. La «críptica», pues, o «crítica» o «crítica» dramática discute y pone en entredicho el valor literario de las obras de Muñoz Seca. Nosotros trataremos de estudiar este problema en uno de nuestros próximos números. El problema, a nuestro juicio, se plantea mal: dicen, los adversarios de Muñoz Seca, como argumento en contra suya, que su arte no es arte, que es astracán. Eso no quiere decir nada, y menos en invierno. Hay astracán bueno y hay astracán malo; si es bueno, es legítimo. Decir de una obra que es de astracán, no querrá decir, en fin de cuentas, sino que es una obra de abrigo.

Estudiaremos la cuestión con más espacio.

Basta por hoy consignar, en lo que se refiere a *Los trucos*, que el teatro estaba lleno y que la interpretación fué excelente.

Registremos también un detalle histórico que hace honor a Pedro Sepúlveda:

El Sr. D. Pedro Sepúlveda tiene, en el segundo acto de *Los trucos* al entrar en escena, que dar un tropezón; la otra noche tropezó más de la cuenta y cayó de veras y de firme, quedando a cuatro manos un rato relativamente largo, el suficiente para reponerse del golpe y seguir sin que nada se notara. El teatro entero—creyendo que era una gracia—se «lumbó» de risa. Hubo quien, luego, en los pasillos, preguntaba a Sepúlveda, creyendo que el autor había hecho intencionadamente lo de la caída: ¿Ha sido un efecto suyo? Sepúlveda se indignaba de que pudieran suponerle capaz de tales recursos. «¡Yo no hago esas ridiculeces!»—gritaba.

Véase, lector, un caso ejemplarísimo. El público se había reído de lo lindo; pero hay cosas que Sepúlveda no puede permitirse aun cuando la gente se ríe. El propio Muñoz Seca nos da la explicación en su comedia: «Hay pateadores—dice un personaje refiriéndose a los «reventadores»—que se buscan los pies y se encuentran las patas. Y es que los hay *pezuñistas*.»

Desde luego; pero los pezuñistas usan las pezuñas lo mismo cuando aplauden que cuando patean, porque no tienen otra cosa. Por eso hay que distinguir entre aplausos y aplausos. Hay espectador que cuando aplaude, aplaude a cuatro manos; las que tiene.

Pedro Sepúlveda no quiere aplausos de esos.

MANUEL ABRIL

BUEN HUMOR se vende en la HABANA en la Compañía Nacional de Artes Gráficas y Librería, Pl y Margall, 135-139



# EL TALENTO DE LA CIERVA



NOVELA CIENTÍFICA PARA NIÑOS Y ANCIANOS

## CAPÍTULO VII

### *Al fondo del mar.*

No sé si será conveniente recorda<sup>r</sup> a mis idóneos lectores que, al final del capítulo anterior, el popular La Cierva espantado al ver la luna llena se desmayó como un imbécil y cayó de cabeza a través del vacío, regresando a nuestro planeta antes de lo que había pensado. Repetido esto, para que no se olvide, me es necesario ahora hacer constar que Mamerto tardó una semana entera en caer desde la luna a la mamá tierra. Era miércoles cuando se desplomó desde el satélite y era jueves cuando cayó en nuestro simpático mundo, lo cual me obliga a decir que La Cierva cayó en jueves como el Corpus o el día de la Ascensión; aunque, si nos fijamos un poco, el día de la *ascensión* fué para Mamerto el que empezó a subir, y ahora queremos referirnos al día en que concluyó de caer.

¿He dicho que La Cierva cayó en la tierra?

Pues he mentido como un bellaco.

Porque donde cayó fué en el mar... ¡Casualidad providencial a la que Mamerto debió el poder conservar su importante vida!

Y a ver qué vida...

¡A ver qué vida ha sido más oportunamente salvada que la de La Cierva en aquel momento!

Mamerto, al sentirse caer en el proceloso piélago, tuvo una alegría y una duda.

Y además, un remojón.

La alegría la experimentó al decirse para sus adentros: la mar me ha librado de la muerte, de lo cual me alegro la mar...

La duda la tuvo por no estar seguro de si el inmenso océano en que se encontraba, era el Atlántico, el Báltico, el Índico, el Pacífico... o el Puente de Vallecas...

Y el remojón fué porque el agua, sea salada o sea patosa, tiene la propiedad de calar hasta los huesos al desgraciado a quien coge por su cuenta, observación que no presumo de haberla hecho y/o solo, puesto que ustedes mismos se habrán ya calado que el agua cala, aunque no se les haya ocurrido nunca escribirlo para que lo lean los demás. ¡Esta es la diferencial...

Continuemos, si les parece.

El paraje marítimo donde cayó La Cierva estaba lleno de barquichuelos de pescadores. Muy cerca de él navegaba un bote con unas velas tan atroces que las tiene un niño de cinco años y su madre le pone de cochino que no hay por donde cogerle. Al lado de este bote había otro conducido por seis remeros vigorosos y al parecer santanderinos. Más distante, veíase un tercer bote al que no le habían dotado de remos. Y en el horizonte se dibujaba la silueta de un cuarto bote al cual no le habían dado vela..., tal vez para que no se metiese en lo que no le importaba. En fin, que el mar se hallaba invadido por una multitud de botes de todas clases y hasta de ambos sexos si quieren ustedes.

Reconozcamos que el pobre Mamerto tenía desgracia.

Antes, la luna completamente llena...

Y ahora, el mar de bote en bote...

Un poco contrariado, comenzó a nadar. Pero súbitamente experimentó una rarísima sensación. ¡Era un presentimiento! ¡El presentimiento de que el *nuevo mundo* que esperaba encontrar, no estaba lejos! ¡Por desgracia, nosotros no podemos acompañarle en el presentimiento, pues nos consta que se equivocaba!... Pero como a él no le constaba, siguió nadando con el ansia de ver tierra, a pesar de lo cual no vió ni gota; y quiero con esto decir que no vió ni gota de tierra, porque gotas de agua veía cada vez más, según el mar se iba encrespando y poniendo pesado.

No obstante, él proseguía su náutico trabajo con heroico vigor.

Pasaron tres horas.

¡Nada!

Pasaron otras tres.

¡Nada que te nada... y nada!

—¡Qué lata! —exclamó Mamerto, desesperado. Y tenía razón para desesperarse, viendo cómo llovían sobre él las contrariedades. ¡Acababa de perder de vista los botes y ya se veía obligado a quejarse de una lata!...

Pero, ¡jah, inesperada revelación!...

La Cierva dió un grito horrendo, un alarido de dolor y de desencanto, mitad y mitad:

—¡He equivocado la ruta! ¡Estoy en América, donde no quería venir! ¡Ahora veo claro! ¡Los botes..., la lata..., sí..., son géneros *ultramarinos*!...

Y rompiendo en atroces gemidos, aflojó los brazos, cerró los ojos, cesó de cultivar la natación, y desengañado, abúlico e hiperestésicamente fatalista, se dejó ir al fondo del mar, buscando en su lecho de corales una muerte lo más decente posible.

Diré para tranquilidad de mis lectores que no lo consiguió, pues ya es sabido lo categóricamente imposible que es el que el mar deje seco a un hombre aunque éste se ponga como se ponga...

## CAPÍTULO VIII

### *Mamerto descubre varias cosas.*

Después de haber dicho que La Cierva no se salió con la suya de morir del todo, creo obvio y estúpido el afirmar que llegó vivo y coleando al fondo del océano. Al pisar tierra firme, aunque húmeda, experimentó de nuevo el ansia de investigar y de descubrir, y echó a andar hacia la derecha porque vió que a la izquierda había barro.

Anduvo la mar.

Es decir, toda la mar no, pero sí una buena parte de ella.

Ya de noche cerrada (y, como ustedes adivinarán, *metida en agua*) encontró La Cierva un motivo para alegrarse de haber nacido.

¡La cosa no era para menos!

¡Había descubierto una ciudad submarina!...

Muy adelantada llevamos la narración para referir con todo detalle este importante episodio; y preferimos copiar aquí del lacónico libro de memorias de Mamerto los párrafos más salientes, que creemos que bastarán para dar una idea de la magnitud del descubrimiento; y si no bastan, se tendrán ustedes que fastidiar, dicho sea con toda elegancia.

¡Oído, pues, que habla el sabio!

«Acabo de descubrir un gran pueblo submarino, al cual, después de pensarlo mucho, me ha parecido conveniente darle el nombre de *Aguas Mayores*, tanto por lo sonoro y poético como porque las aguas son realmente de un tamaño que da miedo mirarlas.

Sus habitantes están civilizadísimos. Llama la atención la organización del servicio de incendios y la abundancia



de bocas de riego. Hay casa en la que hay siete bocas y todas bien dispuestas (¡que aproveche!). La cantidad de líquido elemento es tan enorme que para evitar que se convierta en una plaga dañina hay leyes severas que, bajo penas horribles, prohíben *hacer aguas*... ¡En realidad, sobra con las que hay para que haya necesidad de hacerlas nuevas!...

Las vías de más circulación de esta metrópoli son la calle del Pez, la de los Tres Peces, la del Barco y la del Barquillo.

Choca al forastero lo *escamados* que viven muchos maridos de esta tierra, lo *raspas* que salen la mayoría de las mujeres, y la cantidad de cesantes *boquerones* que pululan por los sitios céntricos... El nombre vulgar con que aquí se designa a los sujetos gordiflones y feos es el de *atunes*. A los hombres esbeltos y agraciados se les llama *bonitos*. Y ciertas socias desaprensivas, que suelen ser hijas del soldado desconocido, son señaladas con el escandaloso apodo de *pulpos*.

Todos los habitantes de esta población, debido a vivir debajo del agua, tienen el nombre general de *buzos*. Se exceptúan los empleados de Correos, a los cuales se les llama *buzones*...

Solamente dos clases de árboles, ambos frutales, pueden verse en los paseos y parques de la ciudad: el naranjo llamado acuático, y el peral llamado peral submarino, o *submarino peral*, del que en tiempos se habló mucho en España... Este peral sólo produce peras de agua, y en cuanto al naranjo acuático es el que dió lugar a que se haya dicho por ahí aquello de *a la mar fui por naranjas*, si bien fué un vil embustero y un mal intencionado el que añadió lo de *cosa que la mar no tiene*, pues como acaban ustedes de ver sí la tiene.

Las mujeres (esclavas de la moda como las de tierra firme) llevan las medias caladas. Pero, además de las medias, llevan calada toda la ropa, cosa natural dada la perpetua mojadura a que están condenadas. Su consuelo está en que los relojes, no sólo tienen caladas las medias, sino las horas enteras, los cuartos y los minutos.

La enfermedad más corriente en este país es el reuma...

Por los párrafos transcritos habrán apreciado mis lectores la decisiva importancia del hallazgo de La Cierva, pero, ¡ah, señores!, no hay dicha que cien años dure, y la susodicha dicha, por su implacable desdicha, se le concluyó a Mamerto de modo bien inesperado.

Un día, para celebrar su científico triunfo, penetró en una taberna de aquel rarísimo país, y comenzó a beber como un tudesco; o, mejor dicho, como toda la calle de Tudescos junta... El vino que en aquella tasca se servía

estaba naturalmente *aguado*, pero tanto trasegó el incauto La Cierva y Borrreguillo que pescó una *merluza* sorprendente, desmedida, extraparlamentaria, sobrenatural...

Salió a la calle haciendo unas *eses*, ora mayúsculas, ora góticas, ora redondillas, que eran un verdadero colmo caligráfico; y vencido por la curda cayó a tierra roncando como un apóstol completamente bendito.

Esto le perdió.

Porque desde aquel momento fué juguete de las aguas, como antes había sido juguete de los vinos...

La cosa tiene una explicación física: el cuerpo humano flota sobre las aguas cuando queda abandonado a su propio peso...; pero si además tiene dentro una merluza viva de hoy, entonces no sólo flota caprichosamente sino que navega con más ligereza y gallarda elegancia que un torpedero recién estrenado.

¡Y La Cierva, inerte, inconsciente, soporizado, subió..., arrastrado por la merluza que llevaba en su seno, hasta la superficie del mar!

De improvisó su cuerpo huesudo

chocó violentamente contra un obstáculo nada suave, y Mamerto despertó, dando un grito de espanto, otro de asombro y otro de dolor en la espinilla.

Tales gritos, sobre todo el de espanto y el de asombro, se los arrancó el hecho lamentable de no despertar en *Aguas Mayores*, pero a los pocos momentos vió ante sus ojos algo que le hizo crujir de alegría, hasta tal punto que se le quitó la borrachera y dejó de dolerle la espinilla, es decir: que desapareció la *merluza* y que la *espinilla* no volvió a molestarle más.

¿Y quieren ustedes saber la causa de tal alegría?

Pues la siguiente estupidez:

¡Acababa de chocar contra las minúsculas rocas de una isla de pigmeos, digna de haber sido hollada por la planta de nuestro antiguo e ilustre amigo Gulliver, al cual tengo el gusto de reiterar, con tan oportuno motivo, el testimonio de mi más distinguida consideración!...

(Se concluirá, gracias a Dios, en el número próximo; ¡palabra!).

ERNESTO POLO

Dib.  
LÓPEZ REY  
Madrid

—¡Mire usted si seré corto de vista que tengo que llevar lentes para dormir, si quiero conocer a las personas con quienes sueño!...





## LOS ÉXITOS TEATRALES

## “LA NIÑA PERA”

Nuestros ingeniosos y elegantísimos camaradas Antonio Plañol y Luis Candela han estrenado con feliz éxito de risa, en el teatro Cómico, la farsa en tres actos “La niña pera”, de la cual ofrecemos una escena a la avidez literaria de nuestros lectores.

## Escena del acto 3.º

BENIGNO, hombre cuya bondad ha sido premiada, que se ha hecho bandido por perder su buena fama.

CARRILLO, pollo cordobés que ha sido apresado y comparece ante él.

Benigno.—(*Advirtiendo la llegada de Carrillo.*) ¡El joven cautivo! ¡Ahora es cuando tengo que demostrar una perversidad que espante! (*Abre con gran estrépito una navaja.*)

Carrillo.—(*Sale custodiado y le dejan ante Benigno.*) ¡Mi mare!

Benigno.—(*Limpiándose las uñas con naturalidad.*) ¡Con permiso!

Carrillo.—(*Recobrándose.*) ¡Ozté lo tiene! (*Aparte.*) Virgen zanta que limpiañaz.

Benigno.—(*Se corta y no puede reprimir un grito.*) ¡Ay!

Carrillo.—(*Que se fija rápidamente y afabilísimo.*) ¿Ze ha laztimao ozté?

Benigno.—(*Fiero.*) ¡Me he cortao a propósito!

Carrillo.—(*Aparte.*) ¡Qué capricho!

Benigno.—(*Sin darle importancia.*) ¡Es pa acordarme de una cosa!

Carrillo.—¡Ah, ya!

Benigno.—Ustedes las personas decentes (*Con desprecio.*) ¿no tienen costumbre de hacerse un nudo en el pañuelo? ¡Pues nosotros, los bandidos, nos hacemos una cortadura!

Carrillo.—¡Poz el que tenga mala memoria tendrá el cuerpo como una criba!

Benigno.—¡Es que tengo que matar a uno esta tarde, y para que no se me olvide!... ¡Pero venga usted aquí! (*Avanzando hacia Carrillo con la navaja en la mano.*)

Carrillo.—¡Dioz me haya perdonao!

Benigno.—(*Cortándole las ligaduras.*) ¡Fuera esto! ¡Quiero que nos veamos de hombre a hombre!

Carrillo.—¡Graciaz, caballero!

Benigno.—(*Furiosísimo.*) ¡Yo no soy caballero! Mucho cuidadito con lo que se habla. ¡Soy un bandido, un canalla, un criminal!

Carrillo.—Bueno; poz eztimado criminal, ¡agradecidísimo!

Benigno.—Usted no me conoce a mí, ¿verdad?

Carrillo.—¡No, zeñor; no tengo eze guzto!

Benigno.—¡Pues yo soy el azote de esta comarca, y el que pisa mis dominios, o le cuesta un tributo o paga con la vida!

Carrillo.—(*Asustadísimo.*) ¡Zeñor bandido, por Dioz!

Benigno.—(*Apuntándole con una pistola.*) ¡Para mí su vida de usted vale quince mil pesetas!

Carrillo.—¿Quince mil pezetaz? ¡Ahora ez cuando yo comprendo lo cara que eztá la vida!

Benigno.—¡Pues no lo dejo ni un céntimo menos!

Carrillo.—¡Por piedá, probó facinerozo, que me deja ozté en el penúltimo de ley, y zólo aguardo acabar la carrera para cazarme!

Benigno.—Haber escogido Correos, que es más corta, y ya la tendría usted terminada.

Carrillo.—¡Ez que mi novia y yo noz queremos como doz tórtoloz, y zi me mata ozté, mata ozté doz pájaroz de un tiro!

Benigno.—(*Vacilando.*) ¿Pero esas relaciones son formales?

Carrillo.—¡Como que entro en la casa! Y vamos a cazarnoz para agozto si ozté no dizpone otra coza y ella ha terminao la colcha para entoncez.

Benigno.—(*Luchando.*) ¿Cómo la colcha?

Carrillo.—(*Lloroso.*) ¡Una colcha de crochet que empezó cuando iba de corto con deztino al equipo de novia!

Benigno.—(*Conmovido y sin querer entregarse.*) ¿Pero... la lleva muy adelantada?

Carrillo.—Terminádoze. Y zi me corta ozté el hilo, ya no puede terminar la colcha. (*Llora.*)

Benigno.—(*Paternalmente.*) ¿Y por qué se enamoran ustedes tan jóvenes, vamos a ver?

Carrillo.—Ahí verá ozté. ¡Porque en el corazón no ze manda!

Benigno.—(*Emocionado.*) ¡No se manda, no zeñor, tiene usted razón!

Carrillo.—¿Cómo?

Benigno.—(*Mirando a uno y otro lado.*) ¡Que ustedes se casan!

Carrillo.—¿Qué dice ozté?

Benigno.—Digo... que si José María el Tempranillo y Diego Corrientes eran bandidos generosos... ¿por qué no lo he de ser yo?

Carrillo.—(*Contentísimo.*) ¡Es claro! Benigno.—¿Es que no se puede ser cruel y ser generoso?

Carrillo.—Zi ez que ozté no ez cruel, ¡ozté ez un pedazo de pan!

Benigno.—Algo hay de eso, sí zeñor, pero no se lo diga usted a nadie, porque soy un bandido que empieza y necesita fama!

Carrillo.—¡En romancez voy a cantar zuz hazañaz!

Benigno.—Hombre eso sí ¡favor por favor!

Carrillo.—¡Muchaz graciaz!

Benigno.—Usted, dice, que se escapó cuando íbamos a matarle, que yo le hice varios disparos, pero que no le atiné. ¡El caso es que cunda el descrédito! ¿Comprende usted?

Carrillo.—¡Que zí, hombre, que zí!

Benigno.—¡Pues que sean ustedes muy felices!

Carrillo.—¡Igualmente! ¡Lo que zientoz ez que no puea ozté venir a la boda!

Benigno.—¿Oiga usted?

Carrillo.—¿Mande?

Benigno.—Ahí al salir verá usted un automóvil, úselo usted para ir a Córdoba.

Carrillo.—(*Estupefacto.*) ¿Qué dice ozté?

Benigno.—¿Qué? ¿es que no sabe usted guiarlo?

Carrillo.—No, ez ezo, zaber zé, pero ez que... ¿Cómo ze lo devuelvo?

Benigno.—¡Se quiere usted callar! ¡Devolvérmelo! ¡Se queda usted con él; es mi regalo de boda!

Carrillo.—¡Mi mare! ¡A cualquier hora vuelvo a tolerar yo que me hablen mal de Zierra Morena!

Benigno.—(*Sale.*) (*Viéndole marchar.*) ¡Por ahí! ¡Dispense que no le acompañe!

Carrillo.—(*Dentro.*) ¡No faltaba más! ¡Y milez de graciaz!

Benigno.—No me ha faltao más que ofrecerle la casa. ¡Eso sí, le he dao el automóvil que les he robao a los otros! ¡Ni más ni menos que José María el Tempranillo, que daba a los pobres lo que robaba a los ricos!





Dib. ARISTO-TÉLLEZ.—Madrid.

—¡Anda, mira por donde viene el tío Joaquín, y eso que decían que se había muerto!...  
—¡Chits! ¡Calla! No le digas nada, que será que no se ha enterado...



# S. M. EL MAZAPÁN

(CUENTO DE NIÑOS)

—Orden, señores, orden, gritó el Presidente de la Cámara, hermoso capón de negro y lustroso plumaje, levantando entre amenazador y majestuoso, el tridente amarillo de su pata. O habláis uno por uno, o me vuelvo a mi jaula y doy por terminada la sesión.

—Eso me *parece* a mí, interrumpió una nuez hermosísima, chula, como todas las nueces, puesto que no hay ni una que antes de que saboréen la doble mariposa de oro de su carne aceitosa, no se brinde con gusto a que el primero que la coja, la casque...

—Yo voy más allá, dijo la castaña. Yo no sólo creo que la soberana que se elija tiene que ser del género femenino, sino que además estimo que la elegida debo ser yo.

—¿Por qué razón?, replicó firitando una fruta escarchada.

—Para *reina*, una servidora, mascullo la manzana. Para eso soy *reineta*.

—A ver si es que a dulce me van us-tés a ganar a mí, dijo una transparente caja de jalea, agitando su delgadísima capa, color vino Burdeos, sobre su hondo y burdísimo redondel de madera.

—Yo os gano a todas, replicó la castaña. Porque me comen cruda. Y me comen cocida y con anís. Y asada, soy alimento y aparato de calefacción, todo en una pieza. Y cuando me quedo helada de un disgusto, constituyo lo que llaman más allá de los Pirineos, y mas acá también; el *marrón glacé*, u séase el apoteosis de lo caro, de lo elegante y de lo dulce...

—Usté lo que es es una pega, gritó una voluminosa y aplastada pasa de Málaga, asomándose por entre los encajes de papel de su caja.

—¿Yo una pega? ¿Por qué?

—Porque a todo el que engaña, ya se sabe, le dicen siempre que *le han dao la castaña*...

—Se habrá visto el vejestorio ese que tiene más arrugas que su abuela.

—Pero no engaño a nadie.

—A tós los infelices que se caen, que *tós tién* que pasar por la calle de usté, y me *parece* a mí que meyor engaño que el bodorrio...

—Se ha terminado el incidente, interrumpió el capón presidencial, acariciándose con la pata siniestra el encendido *moco*. Tiene la palabra el amigo Piñón, que aunque chico, es

agudo... y duro de pelar... y hasta azucarado algunas veces...

—A mí se me figura, con permiso de mi madre la Almendra; y de mi tía la Avellana; y de mi primo el Altramuz; y de mi cuñada la Chufa... dijo el Piñón, muy grave, que el soberano que nombremos ha de ser elegido por los hombres; que al fin y al cabo, ellos son los que nos ponen precio, y los que nos multiplican, y los que nos degluten...

—Pero si los hombres, adujo la Castaña indignada, son una calamidad para las elecciones, porque dan pucherazo casi siempre; y a las morenas las engañan; y a las rubias también; y a mis hermanitas, las castañas, no hablemos...

—A tus hermanitas las castañas, antes de echarlas a la lumbre, las rajan nada más.

—¿Y te parece poco?

—Es que yo había pensado, terció el Piñón de nuevo, que para la proclamación de nuestro rey, elijamos hombres sinceros, hombres sanos de corazón, hombres sin prejuicios...

—¿Pero es que queda alguno?

—Pues claro está que sí. Dejad vuestros cajones y vuestras cestas y asomaos a esa plaza. Mirad esos jardines. ¿Qué es lo que veis?

—¿Qué hemos de ver? Unos seres pequeños, con las piernas desnudas, las cabezas muy gordas y los pies muy menudos que celebran la Nochebuena aporreando tambores, panderetas, sartenes...

—¿Y no sabéis cómo se llama esa clase de seres? Pues se llaman *chiquillos*. ¿No los veis como saltan? ¿No los veis como ríen? ¿No los veis como nos mordisquean a todos los presentes, sin temor, a que una vez dentro de sus diminutos estómagos, les demos un disgusto?

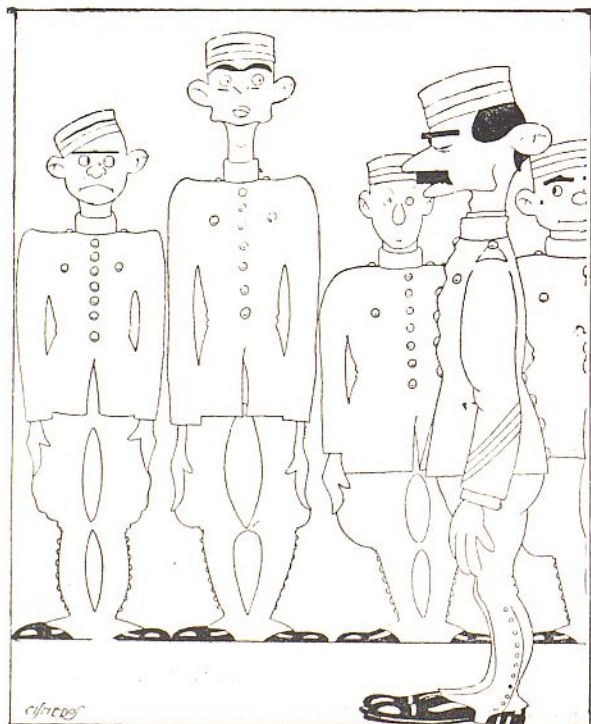
—Sí que es raro que estén tan contentos habiendo acabado de llegar a un sitio tan desagradable y odioso como el mundo...

—Es que todavía no lo conocen bien.

—Pues bien; llamadlos pronto, y puesto que para ellos nacimos, que ellos sean los que nos den un rey.

No hubo necesidad de darles muchos gritos. Bastó con que algunas castañas, dos o tres mandarinas y un puñado de piñones bañados, se derramaran por los escaños de la cámara para que toda la bandada risueña de alocados chicuelos hiciera volozmente su irrupción en la sala.

—A mí, elegidme a mí, clamaba la Castaña. Que en invierno calentaré vuestras manitas y en el verano, ya



Dib.  
CISNEROS  
Madrid.

EL CABO.—*Ahora vais a hacer una marcha a la carrera y al primero que llegue el último le arresto ocho días!*







# EL CARTERISTA

I

Su padre había sido uno de los más pundonorosos carteristas de España, y cuando sus dedos, a causa de la edad, empezaron a agarrotarse, decidió traspasar el negocio a su hijo. Le llamó a su despacho y planteóle el dilema: o carterista o al correccional de Santa Rita; todo antes que consentir que siguiera haciendo el vago y reuniéndose con malas compañías. Había que sentar la cabeza...

Y Engracio Canillejas, dócil al mandato paterno, se hizo carterista. Su carrera fué rápida y fecunda en éxitos. Su habilidad que cada día iba siendo mayor, era el asombro de las gentes que acudían de diversas partes del mundo por si tenían la suerte de ser despojados de sus carteras por Engracio, como cariñosamente se le llamaba en los centros policíacos.

II

El doctor Alfonso La Higuera subió en un tranvía de los Cuatro Caminos

III

Poco tiempo después, el doctor La Higuera encontróse en la plataforma



Dib.  
M E L  
Madrid.

—Señorita; le he pisado sin querer, y lo siento en el alma.  
—¡Y yo en el piel

M. S.

a donde se dirigía para ejecutar una operación quirúrgica. La plataforma del vehículo iba repleta en extremo. El público apelotonábase de tal modo que tanto el conductor como el cobrador del coche llevaban subidos sobre sus espaldas a varios viajeros que se habían instalado allí a falta de otro sitio más cómodo; dos señores de edad, sujetos por cuello y pies a los agarradores de correa, iban echados en ellos como en una magnífica hamaca; un niño de pecho, depositado por su madre dormía en la cartera del cobrador en el departamento de la calderilla.

El doctor La Higuera notó, en una brusca parada del tranvía un encuentro con un viajero que apeóse rápidamente. Cuando él a su vez fué a hacerlo, sonrió: no le habían quitado más que el reloj, la cartera, el instrumental quirúrgico, el anillo de boda y las iniciales que llevaba en la badana del sombrero.

de otro tranvía con el mismo individuo que tiempo atrás le diera el encuentro en un vehículo análogo. Era Engracio Candilejas. El médico, aunque no tenía el gusto de conocerle personalmente, le invitó a un vermouth en un café próximo. Una vez en el establecimiento, el doctor declaró al carterista la admiración que su habilidad le producía. El carterista, emocionado, bajó la cabeza: le agradecería que no siguiera en sus elogios... El era un hombre muy modesto... Pero el doctor arreció en sus diatribas. Estaba seguro de que si los dos se ayudaban mutuamente, podían llegar a crearse un porvenir espléndido. Y agachándose sobre su oído, le explicó su proyecto; poco después le entregó unos billetes. Habían llegado a un acuerdo.

IV

Al día siguiente, el doctor hallábase esperando un tranvía de los Cuatro Caminos. No estaba sólo; apoyábase en él un hombre delgado, de una delgadez espantosa que denotaba al enfermo seguramente de úlcera del estómago. El doctor tuvo que ayudarle para montar en la plataforma del vehículo que se inundó inmediatamente de público.

Una visita sagaz hubiese advertido a Engracio Candilejas que, a una mirada de inteligencia del médico, subióse asimismo en la plataforma del tranvía. Y como por casualidad fué a colocarse al lado del enfermo.

El tranvía arrancó...

V

Llevaban andando corto trecho, cuando el conductor del vehículo, para evitar un choque, dió un frenazo tan rápido que los viajeros se precipitaron los unos sobre los otros. El enfermo palideció un poco. Engracio Candilejas, que durante el corto trayecto había ido a su lado, apeóse en la primera parada.

Cuando el doctor La Higuera, unos metros más adelante, hizo bajar al enfermo, le alzó la camisa y en plena calle comenzó a reconocerle escrupulosamente el estómago. En su rostro se reflejaba la ansiedad. De pronto, dió un grito de satisfacción. ¡La úlcera había desaparecido!

Engracio Candilejas, el habilidoso carterista, la había sustraído en la plataforma del tranvía, ni más ni menos que si se tratase de una cartera de anteplomo o de un reloj de oro de diez y ocho quilates.

MANUEL LAZARO





# DEL BUEN HUMOR AJENO



## CLEPTÓMANO DON RENÉ LEHMANN

Tengo una historia que contaros, dijo Alcides, el enorme y jovial Alcides, la cual me ha sucedido hace pocos días. Ya me conocéis. Trabajo poco y no paseo mucho. Desde que hago un negocio comienzo a dilapidar la ganancia y hasta que no me he quedado sin un céntimo no vuelvo a trabajar. No me considero como un ejemplo de hombres ordenados, pero vivo a gusto. Tomo la vida con una sonrisa optimista y dejo a los gastrálgicos y a los amargados el cuidado de lamentarse y de ver el porvenir negro.

Pues bien, yo paso todos los días delante de una perfumería en cuya puerta, y un poco salientes a la calle hay unas cajas abiertas que contienen jabones, dentífricos, etc. Un día cogí sin detenerme una pastilla de jabón envuelta en papel de seda.

No sé por qué hice tal cosa. El comerciante no me vió. Metí el jabón en el bolsillo y continué mi camino. Al llegar a casa dejé tranquilamente la pastilla en el lavabo y la he usado. Cleptomanía, vais a decir... Sí, soy un cleptómano. Hace quince días que paso por delante de esa perfumería y cada vez robo un jabón en las propias barbas del dependiente de la tienda.

Por la mañana, contemplo con estupor en mi lavabo una pirámide de jabones... Jamás se me ocurriría dejar de pagar a mi sastre, a mi casero, al cobrador del autobús, no tengo deudas pero este vicio es más fuerte que yo.

Esta mañana me dije: «Alcides, ten cuidado. Se comienza hurtando por poseer un objeto cualquiera, y se acaba por no poder contenerse ya y robar algo más importante. Prueba tu fuerza de voluntad. Vas a pasar por delante de la perfumería y no vas a coger nada».

En efecto, he pasado por delante de ese establecimiento y no he cogido nada.

Pero he aquí que al dejar atrás la tienda, oigo la voz de la señorita encargada de la caja que me llama: «¡Señor, señor!».

Me vuelvo y veo aparecer en la puerta al dueño que me dice:

—¿No lleva usted nada hoy? Entonces hágame el favor de pagar los diez y seis jabones que tiene en su poder. No se ponga usted colorado, señor... Estamos acostumbrados a estas cosas. Bien sé que no es usted un ladrón de profesión, sino solo un cleptómano y poco aguerrido. Le conozco. Hace varios años que pasa usted por esta acera... Hubiese sido enojoso hacerle una reclamación violenta. Ello atrae a la gente y no hay necesidad. Aquí tiene usted su factura, señor»...

Sin decir palabra fui a la caja y pagué 32 francos, ahora creo que estoy curado.

G. P.

## EL PARECIDO

## DON W. PERRÍN

Yo no entiendo mucho de niños; pero sé dos cosas. Primera, que hay que decir siempre que son guapos, y segunda, que es preciso sacarles en seguida un parecido. Cuando el otro día fui a visitar a los Browns encontré en

una cuna al niño y como tuve la fortuna de estar un momento a solas con él pude contemplarlo antes de que me preguntaran. De pronto se abrió la puerta y entró la niñera.

—«¡Qué encanto de criatura!» exclamé, no mirando a la niñera sino al niño.

La muchacha me miró sonriente como aprobando mi exclamación y dijo:

—«¿Verdad que es precioso?»

—Mucho, añadí. En realidad el angelito no era ningún coco.

Lancé una o dos exclamaciones más mirando al bebé y me atreví a decir: —«Se parece a su padre».

—«¿Cree usted?», preguntó la niñera un poco sorprendida. Pero yo sin vacilar agregué: «Sí, la nariz no se des-  
pinta».

—«¡Es una nariz monísima!», exclamó la muchacha.

—Como la de su padre... era.

La puerta se abrió de nuevo y aparecieron los esposos Browns.

Volví mis exclamaciones encomiásticas sobre la criatura. —«¡Es una preciosidad de niño! Y ha sacado tu nariz Tomás».

—«¡No seas bruto!», respondió éste. «Si ese niño es de unos amigos que viven con nosotros. El nuestro está en ese cuarto. Ven a verlo».

S. P.



El vegetariano...

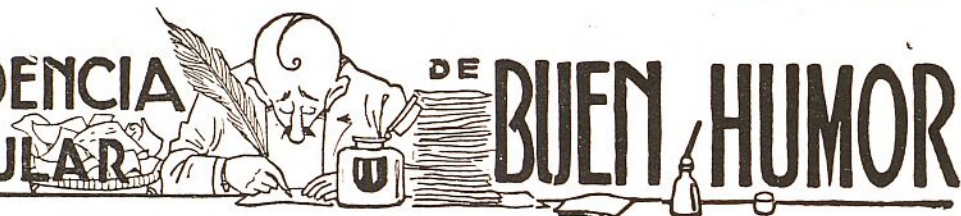


y su perro.

(De Pêle-Mêle, Paris).



# CORRESPONDENCIA MUY PARTICULAR



No se devuelven los originales ni se mantiene otra correspondencia que la de esta sección.

Toda la correspondencia artística, literaria y administrativa debe enviarse a la mano a nuestras oficinas, o por correo, precisamente en esta forma:

**BUEN HUMOR**

Apartado 12.142

MADRID



**Anaglifo. Madrid.**—¡Usted no tiene derecho más que a una cosa: a atracarse de paja y cebada y a ponerse gordo por consecuencia de tan lógica y merecida alimentación!..

**SENSACIONAL  
DESCUBRIMIENTO**  
os asombrará en breve plazo

**Climaco. Burgos.**—Ese boulevard de *Saint-Jermain*, con jota nos parece muy poco parisense. La jota, fuera de Zaragoza, choca mucho. Si nos lo hubiera usted puesto

**¡¡¡PARA BODAS!!!  
SEGURA  
FOTOGRAFO**  
4. Puerta del Sol, 4.  
Teléfono 41-52 M.

con un fox rot, o por lo menos con un valsico, nos habría parecido muchísimo mejor. Ya lo sabe usted para otra vez.

**P. S. F. Barcelona.**—Ese *Café puro* es de los que, en lugar de quitar el sueño, lo dan... ¡Despiértenos usted a las ocho, porque es que nos estamos cayendo!

**A. de Q. Sevilla.**—A los hombres como usted, creo que se les llama en esa tierra una cosa así como *malánge*. ¿No?

**E. L. U. Valencia.**—Escribiendo versos es usted un bandido, y de lo menos generoso que se conoce.

**R. C. H. Madrid.**—¡¡Pua!! ¡¡Qué asco!!..

**María. Madrid.**—Eso es un horror de cursi, distinguida amiga;

ted no ha comido besugo jamás? ¡Eso le honra, porque se vé que no es usted un antropófago! ¡Reciba el homenaje de nuestra admiración más entusiástica y estentórea!..

—¿Está preparado el viaje?  
—Una cosa falta sólo  
poner en el equipaje.  
—¿El qué? —Pues Licor del Polo.

Caballeros dibujantes que se han caído con todo el equipo y con todos los dibujos en el fondo del cesto —Reone, C. P. M., Hernández, Pérez y C.<sup>a</sup>, C. León, En-

lid); Arnaldo (Cartagena); Manuel González (Madrid); Tolo (Valencia); G. Suárez (Vigo); Orta (Sevilla); M. H. (Barcelona); Sem (Ma-

Desde que compra Teresa, los corsés *Casa de Presa* ha aumentado su ventura, porque su marido es presa de su mágica hermosura.  
Fuencarral, 72. Tel. 48-00 M.

dríd); Manuel Rubio Macías; Juanillo (Córdoba); E. Jorge (Valencia); Villanueva (Madrid); L. Teuve (La Coruña); K. Pon (San Sebastián); M. G. B. (Tenerife); Arteaga (Madrid); Gimeno (Valencia); J. María F. (Avilés); Rubio (Madrid); M. H. Bracell (Gerona); Alfredo Rizo (Montesa); J. Jimeno (Sanlúcar de Barrameda), y José Zamora (Madrid).

**¿Le gusta oler bien?**  
Compre sus perfumes en  
"Lillo".—Fuencarral, 62  
A la presentación anuncio, 5% de descuento

mucho más que los chalecos Tutan-kamen, ¡y ya es decir!

**Cesáreo. Madrid.**—A paso de carga ha pasado al cesto al mismo paso. Lo lamentamos por usted y más todavía por el pobre cesto.

**Redondo. León.**—Es redondamente infame. Y no sirve. ¡Así, en redondo!

**Rippert. Madrid.**—¿Con que us-

**AMADOR**  
— FOTOGRAFO —  
PUERTA DEL SOL. 12

**¡¡Niños!!**

Admirar la magnífica exposición que presenta en juguetes para Reyes

"MARCIANO" Montera, 41  
T.º 44-93M.

rique Gil, Correa (Albacete); Apilón (Gijón); A. Povedano (Madrid); J. Fogues (Valencia); M. Llopis; Lanchón (Madrid); Muñoz Baroja (San Sebastián); M. Rico (Melilla); Dimas Sánchez (Madrid); Varela (Pravia); P. P. (Almansa); Pujante (Albacete); Lugar (Madrid); Globed (San Fernando); Amadís (Vallado-

**CUPÓN**

correspondiente al núm. 214 de  
**BUEN HUMOR**

que deberá acompañar a todo trabajo que se nos remita para el Concurso permanente de chistes o como colaboración espontánea.



# EL BUEN HUMOR DEL PUBLICO

Para tomar parte en este Concurso, es condición indispensable que todo envío de chistes venga acompañado de su correspondiente cupón y con la firma del remitente al pie de cada cuartilla, nunca en carta aparte, aunque al publicarse los trabajos no conste su nombre, sino un seudónimo, si así lo advierte el interesado. En el sobre indíquese: «Para el Concurso de chistes.»

Concederemos un premio de DIEZ PESETAS al mejor chiste de los publicados en cada número.

Es condición indispensable la presentación de la cédula personal para el cobro de los premios.

¡Ah! Consideramos innecesario advertir que de la originalidad de los chistes son responsables los que figuran como autores de los mismos.

*El premio del número anterior ha correspondido al siguiente chiste:*

En la taquilla de un teatro:

—Déme una butaca para la sección de noche.

—Para Los chatos no quedan.

—Es que yo tengo más narices que usted.

Antonio Romero.—Sevilla.

Escandaliza un borracho en plena calle de un pueblo, cuando de pronto asoma por el extremo de ella la pareja, y el borracho, que tiene un pánico atroz a los civiles, al pretender huir de ellos, se mete en un callejón sin salida; los guardias, que le han visto correr, embocan el callejón diciendo: —¡Alto! Y el borracho, viéndose perdido, se vuelve todo lo tranquilamente que puede y exclama:

—Ni arto ni bajo, señores guardias, un cuerpecito regular.

Chacón.—Almería.

Leyendo el diario.

—...y el declarante confesó al juez, que presencié el hecho de taxis.

## “BUEN PROVECHO”

Vino tónico de maravillosos resultados para ancianos y convalecientes

“Los Teas” Alberto Aguilera, 29  
Teléf. 11-59 J. —:

El oyente. —¿Cómo hecho de taxis?

El lector. —Hombre, aquí dice de autos, pero para mí es igual taxis que autos.

Consuelo Emo.—Valencia.

Aparatos fotográficos

Gramófonos

Objetos para regalo

Jiménez: Preciados, 60

En un cuartel:

El sargento enseñando la instrucción a un quinto.

El sargento.—Firme...; le he dicho que firme...

El quinto (sin saber lo que le dicen, contesta).—Pero si no sé escribir, mi sargento, ¿cómo quiere usted que firme?

Juan Karlos.—Zaragoza.

dor de baratijas que ha sido detenido por indocumentado. Este buen hombre, que no ha hecho nada malo, al verse encerrado, comienza a dar grandes voces y fuertes puntapiés a la puerta del encierro, armando tan gran escándalo, que el

.....

Teniendo la tos que tienes curar no se concibe, ha de desaparecer tan sólo, tomando Jaraba ORIVE-

.....

beodo acercándose a él y con tono de alarma, le dice:

—Amigo: como siga armando este jaleo, va usted a dar lugar a que nos echen a la calle.

M. Garrido del Castillo.

En una estación donde el tren para veinte minutos se apea un via-

## PASTILLAS DE CAFÉ Y LECHE

VIUDA DE CELESTINO SOLANO

Primera marca mundial

LOGROÑO

Diálogo:

Se encuentran Flor. ntino y Victoriana (al cabo de los años) en San Sebastián y después de saludarse calurosamente, pregunta Flor. ntino:

—Bueno, ¿y cuántas hijas tienes ya?

—Son doce las que tengo.

—Pues ya tienes que trabajar para darlas de comer a las doce.

—No, hombre; porque comemos a las doce y media.

F. H.—San Sebastián.

Por promover un fuerte escándalo es conducido un beodo a uno de los calabozos de la Jefatura de Seguridad. A poco es introducido en el mismo calabozo un pobre vende-

jero, entra en el restaurant y le pide al camarero que le sirva una comida volando.

## DIEZ GALLO

Para Navidad, cestas adornadas, turrónes, mazapanes, vinos, licores y toda clase de artículos de Navidad. Fábrica de chocolates, bombones y caramelos. Cafés tostados diariamente. COSTANILLA DE LOS ANGELES, 15. Plaza St.º Domingo. Teléfono 13 52 M

mesa; el viajero lo destapa y con gran sorpresa ve que se le escapa la comida; indignado llama al mozo y le dice:

—Oiga. ¿Qué es esto?

—¡Señor, comida volando!

S. Lago.—Tablada.



**HERNIAS**  
Bragueros científicamente.  
J. Campos  
único MEDICO  
ORTOPEDICO  
de MADRID  
Augusto Figueroa 8

Habían dos niñas «bien»:

—Chica, no puedes imaginarte lo que me carga mi «carabina».

—Pues parece más lógico que la cargues tú a ella.

G. Carbajal.—Albacete.

Entre amigos:

—¿Y por qué te obstinas tanto en que tu hijo sea boxeador?

## TAPAS encuadración de “BUEN HUMOR”

Se venden en nuestra Administración,  
Plaza del Angel, núm. 5.

—¡En seguida, señor!

Al momento aparece el camarero con un plato tapado y dentro unos pájaros (vivos) y lo deja sobre la

—¡Es que soy dentista, amigo! Garrofn.—Vigo.

ARTES DE LA ILUSTRACIÓN  
Provisiones, 12.





LA AMIGA.—*Es una fotografía muy bonita, tuya y de tus hijos; pero Jorge parece como si estuviera pensando en el suicidio.*

—*Sí, yo hubiera querido que la fotografía se hubiera hecho antes de que él pagara la cuenta del hotel.*

(De London Opinion, Londres.)

# LOS FAMOSOS POLVOS INSECTICIDAS

D B

## LEYER Y COMPAÑIA

SON

Infalibles para la destrucción de  
toda clase de insectos.

PARIS y BERLIN  
Gran premio  
y  
Medallas de oro.

# BELLEZA

No dejarse engañar,  
y exijan siempre esta  
marca y nombre  
BELLEZA

**Depilatorio Belleza** Tiene fama mundial por ser el único inofensivo y que quita en el acto el vello y pelo de la cara, brazos, etc., matando la raíz sin molestia ni perjuicio para el cutis. Resultados prácticos y rápidos. Único que ha obtenido Gran Premio.

**Tintura Winter** Basta una sola aplicación para que desaparezcan las canas. Sirve para el cabello, barba o bigote. Da matices perfectamente naturales e inalterables. Pídanla negro, castaño oscuro, castaño natural, castaño claro, rubio. Es la mejor, más práctica y más económica.

**Angelical Cutis** LIQUIDO (blanco o rosado). Este producto, completamente inofensivo, da al cutis blancura fina y finura envidiables, sin necesidad de emplear polvos. Su acción es tónica, y con su uso desaparecen las imperfecciones del rostro (rojeces, manchas, rostros graciosos, etc.), dando al cutis belleza, distinción y delicado perfume.

**Pelitero Belleza** Vigoriza el cabello y le hace renacer a los calvos, por rebelde que sea la calvicie.

**Loción Belleza** Con perfume de frescas flores. Es el secreto de la mujer y del hombre para rejuvenecer su cutis. Recobran los rostros marchitos o envejecidos lozanía y juventud. Especialmente preparada y de gran



poder reconocido para hacer desaparecer las arrugas, granos, barros, asperezas, etc. Da firmeza y desarrollo a los pechos de la mujer. Absolutamente inofensiva, pues aunque se introduzca en los ojos o en la boca no puede perjudicar.

**Almendrolina Belleza** CREMA ALMENDROLINA. Es la reina de las cremas. Complace a la persona más exigente. Rejuvenece, embellece y conserva el rostro, y, en general, todo el cutis de manera admirable. En seguida de usarla se notan sus beneficiosos resultados, obteniendo el cutis gran finura, hermosura y juventud.

La CREMA ALMENDROLINA, marca BELLEZA, garantiza estar exenta de grasas y demás sustancias que puedan perjudicar al cutis. Reúne las condiciones máximas de pureza, y es completamente inofensiva. Preparada a base de finísima pasta de almendras y jugo de rosas. Delicioso perfume.

**ES EL IDEAL Rhum Belleza FUERA CANAS**

A base de nogal. Bastan unas gotas durante seis días para que desaparezcan las canas, devolviéndoles su color primitivo con extraordinaria perfección. Usándolo una o dos veces por semana, se evitan los cabellos blancos, pues, sin reírlos, les da color y vida. Es inofensivo hasta para los herpéticos. No mancha, no ensucia ni engrasa. Se usa lo mismo que el ron quina.

DE VENTA en las principales perfumerías, droguerías y farmacias de España, América y Portugal.—DEPOSITARIOS: en Buenos Aires, D. Luis Badía, calle Bernardo Irigoyen, 263. En Habana, D. Enrique Tayá, calle Dragones, 92. Teléfono A-3186. En Panamá, D. Pedro Pujolás, farmacia Española. En Méjico, D. Jesús Rodríguez, Academia, 35.

Fabricantes: ARGENTÉ, HERMANOS, Badalona (España)





# CREMA

# LIDA

## RECONSTITUYENTE

Es un preparado único, con propiedades maravillosamente curativas y reconstituyentes. La epidermis lo absorbe como las plantas el riego. Alimenta los tejidos y aumenta su elasticidad; limpia los poros de toda impureza y materia exterior nociva; blanquea y conserva el cutis; borra paulatinamente las arrugas, surcos y depresiones faciales, aplicándola en la dirección que en el dibujo marcan las flechas, y devuelve al rostro su tersura y lozanía

DEPOSITARIO  
URQUIOLA. — MAYOR, 1  
MADRID



# BUEN HUMOR



*Dib. DEL RÍO.—Barcelona.*

—¡Menuda «tajada» lleva!

Ayuntamiento de Madrid